



«¿ACASO PUEDE UN HOMBRE
NACER DE NUEVO SIENDO VIEJO?»

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RIMINI 2010

© 2010 Fraternità di Comunione e Liberazione
Traducción del italiano: Belén de la Vega

En portada: Jacob Jordaens, *Cristo y Nicodemo*, Musée des Beaux Arts, Tournai
(Foto Scala, Florencia).

Ciudad del Vaticano, 20 abril 2010

*Reverendo
Don Julián Carrón
Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación*

Con ocasión Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema «¿Acaso puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo?», Sumo Pontífice dirige a los participantes afectuoso pensamiento y, mientras desea propicio encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo, única fuente de esperanza, para un fervoroso testimonio evangélico, invoca copiosa efusión de los dones celestes y envía a Usted, y a los responsables Fraternidad y participantes, especial bendición apostólica.

Cardinale Tarcisio Bertone, *Secretario de Estado de Su Santidad*

Viernes 23 de abril, noche

A la entrada y a la salida:

Franz Schubert, Sinfonía n. 8 en si menor, D 795, “Incompleta”

Carlos Kleiber – Wiener Philharmoniker

“Spirto Gentil” n. 2, Deutsche Grammophon

■ INTRODUCCIÓN

Julián Carrón

Todos hemos venido aquí, más o menos conscientemente, empujados por un deseo, por una espera, por la urgencia de que suceda algo en nuestra vida, algo que la renueve, que la haga ponerse en marcha de nuevo si está parada; algo que venza el escepticismo que se insinúa en nosotros y que nos paraliza; algo que introduzca un horizonte que nos libere del ahogo que experimentamos en las circunstancias.

Sabemos bien que el único que ha introducido esta novedad en la Historia es Cristo. Todos venimos aquí movidos por la esperanza que Él suscitó en nosotros un día, en ti, en mí, movidos por ese sobresalto que nos conmovió y que sentimos dentro de nosotros desde que nos encontramos con Él. ¡Pero cuántos aspectos de nuestra persona y de nuestra vida esperan ser cambiados por Él!

Por eso invocamos al Espíritu, para que Cristo posea cada vez más cada fibra de nuestro ser y nos haga cada vez más partícipes de esa conmoción del Ser que el Misterio –«En Ti está la fuente del ser»– se ha dignado compartir con nosotros.

Desciende Santo Espíritu

Comienzo leyendo el telegrama que nos ha enviado el Santo Padre: «Con ocasión Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema “¿Acaso puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo?”, Sumo Pontífice dirige a los participantes afectuoso pensamiento y, mientras desea propicio encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo, única fuente de esperanza, para un fervoroso testimonio evangélico, invoca copiosa efusión de los dones celestes y envía a Usted, y a los responsables Fraternidad y participantes, especial bendición apostólica. Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad».

Os saludo a cada uno de vosotros y a todos los amigos que están conectados con nosotros desde distintos países.

¡Cristo ha resucitado! Éste es el anuncio que desde hace siglos la Iglesia proclama de forma incansable. Es el acontecimiento que domina la Historia, un evento que ningún error nuestro o ajeno, ni todo el mal que pueda producirse, pueden eliminar. Este hecho es el motivo de nuestra esperanza; éste es, por tanto, el hecho que debe dominar en nosotros desde el primer instante de estos días: Su presencia resucitada. No sería adecuado a todos los factores de la realidad no tener –en este momento– una mirada sobre nuestra vida, sobre el sentimiento de nosotros mismos, sobre la realidad y sobre el mundo, que no partiese de este reconocimiento. Sería una mirada mentirosa, porque faltaría el factor decisivo de toda la Historia. No existe una novedad mayor, nunca ha existido una novedad tan grande como el hecho de que Cristo ha resucitado. Por eso, en la medida en que nos dejamos invadir totalmente por esta Presencia viva, nos dejamos dominar por esta verdad –que es un hecho, un evento que ha sucedido en la Historia y no un pensamiento creado por nosotros–, percibimos que cambia el sentimiento que tenemos de nosotros mismos.

Nos hemos reunido estos días para vivirlos dominados por esta conmoción, por la fuerza de esta conmoción: Cristo ha muerto y resucitado por nosotros. Os pido que Le dejéis espacio, es decir, que os dejéis arrastrar por este evento; no consintamos que quede en nosotros como una palabra. Ha sucedido: ¡qué luz, qué horizonte y qué esperanza trae a la vida este hecho! Es el signo más evidente y más potente de la ternura del Misterio por cada uno de nosotros, de la caridad ilimitada de Dios hacia nuestra nada (incluida nuestra traición).

Su presencia victoriosa en medio de nosotros nos empuja a continuar nuestro camino para tratar de superar, cada vez más, la fractura entre el saber y el creer, de modo que este hecho reconocido por la fe determine la vida más que todo el resto. Si, por el contrario, este hecho se quedase únicamente como algo piadoso o devoto, sería como si no hubiese sucedido, como si no tuviese toda la densidad de la realidad para cambiar la vida, para incidir en la vida; entonces, nos veríamos determinados por todo lo demás, que nos arrastra, nos confunde, nos desanima, nos impide respirar, ver y palpar la novedad que Cristo resucitado ha introducido e introduce en nuestra vida.

Hace dos años hemos comenzado con la fe, que tiene como origen –lo recordáis todos– «un punto de partida fuera de nosotros»¹: el encuentro con una Presencia excepcional. La fe es el reconocimiento de esta Presencia excepcional, que hoy se hace presente de forma carnal a través de los testigos, del pueblo cristiano, de la Iglesia, cuya existencia sería imposible si Él no la generase constantemente. Pero el año pasado² señalamos que, a pesar de todos los hechos excepcionales que hemos visto, a pesar de todos los testigos que tenemos ante nosotros, muchas veces nos parece que un instante después todo se desvanece; e identificamos la razón en esa fractura entre el saber y el creer que se manifiesta en la reducción de la fe a proyección de un sentimiento, a una ética o a una forma de religiosidad extraña y opuesta al conocimiento. En esto consiste la reducción: la fe ya no es concebida y vivida como el camino de conocimiento de una realidad presente, y esto nos debilita y nos hace estar tan confundidos como todos. Una fe que no es conocimiento, que no es el reconocimiento de una Presencia real, no sirve para la vida, no sostiene la esperanza, no cambia el sentimiento que tenemos de nosotros mismos, no introduce un horizonte nuevo en cualquier circunstancia. Identificamos, asimismo, el aspecto crucial de esta dificultad con la falta de lo humano: «Lo que falta hoy entre nosotros no es la Presencia (¡estamos rodeados de signos, de testigos!); falta lo humano. Si la humanidad no se pone en juego, el camino del conocimiento se detiene. Amigos, no falta la Presencia, falta el itinerario»³, falta el recorrido introducido por la curiosidad ante esa Presencia, en cuyo conocimiento queremos ahondar cada vez más.

Después de un año, existen signos que ponen de manifiesto que la fractura entre saber y creer todavía no ha sido superada.

El primero de todos es que no se entiende el nexo entre el acontecimiento cristiano y lo humano: se siguen percibiendo como extrínseco uno al otro. Hace algunos meses, ante mi insistencia sobre el trabajo que debíamos hacer sobre la experiencia, una persona me dijo que al principio el movimiento le había impresionado como el encuentro con algo objetivo fuera de ella misma, y por eso no entendía por qué yo en aquel momento insistía tanto en el trabajo a realizar.

1 «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe», Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, supl. de *Huellas-Litterae Communionis* n. 6, junio de 2008, p. 13.

2 Hace referencia a los Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación titulados «De la fe nace el método», Rímíni, 24-26 abril de 2009.

3 «De la fe nace el método», Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, supl. de *Huellas-Litterae Communionis*, n. 5, mayo 2009, p. 21.

Entonces tuve que recordarle de dónde habíamos partido: nos topamos con una presencia e, inmediatamente después, todo se desvanece. Si esta dificultad persiste, quiere decir que no hemos comprendido la relación que existe entre el acontecimiento cristiano y la puesta en movimiento del “yo”, no se entiende que la prueba de que he tenido un encuentro es que me pongo manos a la obra, porque mi humanidad ha sido despertada. El trabajo es el signo más evidente de que el cristianismo es un acontecimiento, de que sucede en mí algo que me despierta.

El segundo signo que manifiesta la fractura citada es que el acontecimiento cristiano no genera una mentalidad nueva. Este verano he tenido ocasión de escuchar a algunos de nuestros amigos en el extranjero que me decían que, ante ciertos hechos, se veía que la mentalidad de origen era más determinante, más fuerte que la mentalidad que nace del encuentro: ante los acontecimientos de la vida y del mundo, la reacción de muchos de nosotros es más acorde con la mentalidad de todos que con la mentalidad que expresa el carisma del movimiento. Y este año, en que he tenido la ocasión de visitar muchas comunidades por todo el mundo, he podido comprobarlo personalmente.

Es como si viésemos sobre nosotros los efectos de lo que Charles Péguy describe de forma tan sugerente: «Por primera vez, por la primera después de Jesús, nosotros hemos visto delante de nuestros ojos, estamos por ver surgir un mundo nuevo, si es que no una ciudad; una nueva sociedad formarse, si es que no una ciudad; la sociedad moderna, el mundo moderno. Un mundo, una sociedad constituirse o, al menos, ensamblarse, engrandecerse, posterior a Jesús, sin Jesús. Y lo más tremendo, amigo mío, no hay por qué negarlo, es que lo han logrado [...]. Es lo que os pone en una situación trágica, única. Vosotros sois los primeros. Sois los primeros modernos»⁴. Después de Jesús, sin Jesús. No se trata sólo de un abandono progresivo de una práctica religiosa; el signo por excelencia de la marginación de Cristo respecto a la vida es una devaluación de las dimensiones propias de lo humano, una concepción reducida de la propia humanidad, de la percepción de sí, un uso reducido de la razón, del afecto, de la libertad, una censura de la magnitud del deseo. Hace muchos años, Giussani utilizó la metáfora de la explosión nuclear de Chernobyl para explicar la alteración que se había producido en el alma de los hombres: «Estructuralmente, el organismo está como antes, pero su

4 Charles Péguy, *Verónica. Diálogo de la historia y el alma carnal*, Editorial Nuevo Inicio, Granada 2008, p. 166.

dinamismo ya no es el mismo. Se ha producido una especie de plagio fisiológico»⁵.

Por eso me he preguntado: el cristianismo, ¿es capaz de incidir en el núcleo duro de nuestra mentalidad, o sólo consigue añadir un aspecto decorativo, piadoso, moralista y organizativo, a un “yo” perfectamente constituido con anterioridad, reactivo a cualquier injerencia? Por este motivo, he recordado muchas veces a lo largo de este año el diálogo entre Jesús y Nicodemo, del que procede el título de nuestros Ejercicios: «Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue éste donde Jesús de noche y le dijo: “Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él”. Jesús le respondió: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios”. Dícele Nicodemo: “¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?”⁶. ¿Es posible, en nuestra situación, la nueva criatura, algo verdaderamente nuevo? En mi opinión, éste es el mayor desafío que el cristianismo tiene ahora ante sí: si el movimiento –la modalidad con que nos ha alcanzado de forma persuasiva– es capaz de perforar la costra que nace de nuestra actitud ante la realidad, o si está condenado a seguir siendo extraño, como si fuese, en el fondo, un añadido. Si no se produce un cambio en la forma de percibir y de juzgar la realidad, quiere decir que la raíz del “yo” no ha sido penetrada por novedad alguna, que el acontecimiento cristiano se ha quedado fuera del “yo”. También para nosotros la fe puede ser una cosa entre muchas otras, un pegote, algo yuxtapuesto, que convive con la forma de mirar y de sentir de todos. Decía don Giussani hace algunos años –lo podéis leer en el libro de los Equipos del CLU que se acaba de publicar–: «Todo el argumento de nuestra posición de fe se puede reconducir exactamente al desbaratamiento de esta yuxtaposición, porque Cristo, el acontecimiento cristiano [...], invade y penetra todo»⁷. Sin demoler esta posición, no podremos percibir la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida.

Cada uno de nosotros puede juzgar el trabajo de este año, y verificar en qué medida ha entrado esta novedad en las raíces de su propia persona. ¿Qué novedad ha supuesto? No se trata de nuestros pensamientos, no es una cuestión de opiniones, de interpretaciones: si Cristo ha entrado

5 L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, BUR, Milano 2010, p. 181.

6 Jn 3,1-4

7 L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 41.

como novedad en la raíz de nuestro “yo” y determina todo de un modo nuevo, lo llevamos dentro en la forma de vivir la realidad. En muchas comunidades nuestras he podido ver, a lo largo de este año, muestras de lo que estoy diciendo (al mismo tiempo, queda todavía mucho trabajo que hacer, como podemos reconocer todos en nuestra experiencia). Todos estos signos positivos tienen un denominador común: se trata de gente comprometida en el seguimiento de la propuesta que nos hemos hecho. Pero en muchos de vosotros sigue surgiendo todavía la pregunta: ¿qué trabajo debemos hacer? El problema es que cada uno llena la palabra “trabajo” de sus propias imaginaciones.

Por eso queremos seguir aclarando qué significa esta falta de lo humano. Este año he dado algunas lecciones sobre *El sentido religioso* a los novicios de los *Memores Domini*, y como estaba metido de lleno en el trabajo que estamos haciendo juntos, me ha impresionado la forma con la que he vuelto a leer algunos capítulos: no como había hecho en muchas ocasiones, es decir, como parte del recorrido hacia la fe, sino desde dentro de la fe. Por eso, me he permitido retomar algunos capítulos de *El sentido religioso* para ayudarnos a comprender cómo nos guía don Giussani en el camino que estamos recorriendo.

Pero antes de todo esto, debemos mirar a la cara la objeción que señalaba antes: acontecimiento y trabajo nos parecen dos cosas contrapuestas. Se trata de un ejemplo de la distancia que percibo a veces entre la intención de seguir a don Giussani y seguirle verdaderamente. Mirad lo que dice a todos aquellos que contraponen cristianismo y trabajo: «Jesucristo no vino al mundo para ahorrarse el trabajo humano y la libertad humana, o para evitar que el hombre sea probado –condición existencial de la libertad–. Vino al mundo para llevar al hombre hasta el fondo de todas sus preguntas, a su estructura fundamental y a su condición real. Pues todos los problemas que el hombre está llamado a resolver en la prueba de la vida se complican en vez de resolverse si no se salvan ciertos valores fundamentales. Jesucristo vino para llevar al hombre a la *religiosidad* verdadera, sin la cual es mentira cualquier pretensión de solución. El problema del conocimiento del sentido de las cosas (verdad), el problema del uso de las cosas (trabajo), el problema de una conciencia plena (amor), el problema de la convivencia humana (sociedad y política), carecen del planteamiento justo, y por eso producen cada vez mayor confusión en la historia de cada individuo y de la humanidad, en la medida en que no se basan en la religiosidad para intentar su solución (“Quien me siga tendrá la vida eterna y el ciento por uno aquí”).

No es tarea de Jesús resolver los distintos problemas, sino invitar a que el hombre adopte la posición en la que puede tratar de resolverlos más correctamente. Este esfuerzo le compete al compromiso de cada ser humano concreto, cuya existencia está precisamente en función de ese empeño»⁸.

Dice también Giussani: «La insistencia en la religiosidad es el primer deber absoluto del educador, es decir, del amigo, del que ama y quiere ayudar al ser humano en el camino hacia su meta. Y lo humano no existe en principio a no ser en el individuo concreto, en la persona. En esta insistencia está toda la invitación de Jesucristo. No se puede pensar en comenzar a entender el cristianismo sino partiendo de su origen como pasión por la persona concreta»⁹.

Y por si no quedaba suficientemente claro, don Giussani observa que la tarea de la Iglesia es la misma: «Así pues, la Iglesia no tiene como misión directa proporcionar al hombre la solución de los problemas con los que éste se encuentra a lo largo de su camino. Hemos visto que la función que la Iglesia declara tener en la Historia es la educación de la humanidad en el sentido religioso, y hemos visto también que esto implica recordar al hombre que adopte una postura justa ante la realidad y ante los interrogantes que ésta suscita, postura justa que constituye, además, la condición óptima para encontrar respuestas más adecuadas a esos interrogantes. Hemos subrayado también, hace un momento, que la gama de los problemas humanos no puede ser sustraída a la libertad y a la creatividad del hombre, pensando que la Iglesia debiera darles una solución previamente confeccionada»¹⁰.

Por eso, el mejor homenaje que podemos ofrecer a don Giussani en el quinto aniversario de su muerte es nuestro seguimiento, no sólo intencional, sino real. Podremos ver de este modo cómo, cinco años después de su muerte, sigue siendo más padre que nunca y sigue generándonos, si estamos verdaderamente disponibles.

Un gesto de estas dimensiones no puede sostenerse sin la contribución del sacrificio de cada uno de nosotros en la atención a los avisos, al silencio, a las indicaciones. Este sacrificio es la modalidad de nuestra petición a Cristo, para que tenga piedad de nuestra nada, para que no nos deje caer en la nada en estos días. Se trata de la posibilidad de crear

8 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 121.

9 *Ibidem*, p. 108.

10 L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2004, p. 199.

un clima adecuado de silencio para que la semilla que plantamos hoy, cuando escuchamos algo, no caiga por el camino sin encontrar el terreno adecuado para germinar. Porque sin silencio todo queda desparramado en medio minuto. Me impresiona pensar que el silencio nace justamente de este acontecimiento: Su palabra me llena de silencio. El silencio no es sólo una cuestión de orden, sino que es la única respuesta adecuada al acontecimiento.

SANTA MISA

HOMILÍA DE DON MICHELE BERCHI

Ante la provocación de Jesús, podemos estar aquí esta noche y estos días con la misma posición de Saulo, de Pablo —«¿Quién eres?»—: podemos dejarnos tirar del caballo de nuestra presunción, de nuestra distracción o de nuestro cinismo, permitir que Alguien nos tome de la mano, como a Saulo, y nos conduzca para que nuestros ojos se abran a Aquel con el que todos nosotros nos hemos encontrado en nuestro camino; o bien podemos estar aquí con la misma posición de los judíos, llenos de acritud y de aspereza.

Eres tú el que decide cómo estar ante el Señor, que te dice: «Tienes hambre de Mí, toda tu vida tiene hambre y sed de Mí. No te contentes, no te contentes ni siquiera con el milagro que han visto tus ojos». Se lo dijo a aquellos que le habían visto multiplicar los panes, nos lo vuelve a decir a nosotros esta noche: «No te contentes con la grandeza de este gesto, con el milagro que es este gesto. Tienes sed de Mí, de mi Presencia viva. No fue suficiente el maná en el desierto para tus padres, no bastó la multiplicación de los panes, vuestros padres murieron», así como no nos basta a nosotros este gesto para vivir. «Si este gesto no te lleva a Mí —nos dice el Señor esta noche—, no sirve».

El único peligro verdadero para nosotros es estar aquí deseando menos que esto, menos que Él, tratando de contentarnos con menos que el todo, ese todo que eres Tú, Señor, para nosotros, ese todo que es más de lo que podemos imaginar, ese mar de misericordia que eres Tú para mí, Señor.

Pidamos a la Virgen que nos ayude a cambiar de posición, si hemos de cambiarla, para no contentarnos nunca, sobre todo en estos tres días, con algo que no sea Su Hijo.

Sábado 24 de abril, mañana

A la entrada y a la salida:

Franz Schubert, *Sonata para arpeggione y piano, D 821*
Mstislav Rostropovich, violonchelo – Benjamin Britten, piano
“*Spirto Gentil*” n. 18, Decca

Don Pino. Jesucristo no ha venido al mundo para sustituir el trabajo del hombre, su libertad, o para eliminar las pruebas por las que éste tiene que pasar. Él ha venido al mundo para reclamar al hombre a ir hasta el fondo de todas las cuestiones, a su estructura fundamental y a su situación real.

Angelus

Laudes

■ PRIMERA MEDITACIÓN Julián Carrón

Sólo lo divino puede “salvar” lo humano

Tenemos una finalidad clara: superar la fractura entre el saber y el creer para poder apoyar toda nuestra vida en algo verdadero, real, algo que nos permita vivir de forma nueva. Según todo lo que hemos dicho, para alcanzar esta finalidad es necesario superar la falta de lo humano.

1. La provocación de la realidad

¿Qué hace que mi humanidad se ponga en movimiento? «Si yo abriera de par en par los ojos por primera vez en este instante, al salir del seno de mi madre, me vería dominado por el asombro y el estupor que provocarían en mí las cosas debido a su simple “presencia”»¹¹. Explica don Giussani: «Ante todo, está claro que el estupor del que hemos hablado constituye una *experiencia de provocación*. Al abrir los ojos a la realidad, me encuentro delante algo que provoca en mí una apertura.

11 L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1998⁶, p. 146.

El modo en que la realidad se me presenta es una sollicitación a descubrir otra cosa distinta [por tanto, la realidad suscita en mí una apertura y me educa, no con un discurso, ni con un precepto, sino provocándome: es la contribución que la realidad me ofrece para que mi “yo” se abra de par en par a la totalidad]. La mirada que lanzo a la realidad no produce en mí el resultado que se produce en una película fotográfica; no me “impresiona” con su imagen y basta. Me impresiona y me mueve. Lo real me sollicita a buscar otra cosa distinta, que está más allá de lo que aparece inmediatamente. La realidad aferra nuestra conciencia de tal modo que ésta presente y percibe algo distinto, otra cosa»¹². Imaginad que yo llegase hoy a dar clase a mis alumnos trayendo conmigo un aparato electrónico que ellos nunca hubieran visto. Cuando voy a enchufarlo para ponerlo en funcionamiento, me doy cuenta de que he olvidado el cable en la sala de profesores. ¿Qué sucederá si abandono el aula para ir a buscar el cable? No resulta difícil imaginarlo: todos los alumnos se levantarán y se acercarán al aparato para ver de qué se trata. Si alguno no se levanta, para demostrar que no es como los demás, necesitará más energía para resistirse a la curiosidad que para secundar la sollicitación de la presencia del aparato. Dice María Zambrano: «El hombre no se dirige a la realidad para conocerla mejor o peor, sino después y a partir de sentirla como una promesa, como una patria de la que en principio todo se espera, donde se cree posible encontrarlo todo»¹³.

Por eso, «ante el mar, la tierra, el cielo y todas las cosas que se mueven en ellos, yo no me quedo impasible; me siento animado, movido, conmovido por lo que veo, y esto me pone en marcha para buscar otra cosa»¹⁴. Animado, movido, conmovido: «me perturba esta relación con la realidad, y me empuja más allá de lo inmediato»¹⁵.

Si la realidad tiene esa capacidad de aferrar mi “yo” y de moverlo de esta forma, ¡imaginad la fuerza que tendrá sobre el “yo” esa Presencia excepcional, cuyo atractivo es tan correspondiente al corazón que provoca un apego sin igual! Porque con el cristianismo se produce la misma dinámica que con la realidad, pero en mucho mayor medida, pues aquí encuentra su máxima realización. «El corazón de los dos pescadores [de Juan y Andrés] se había topado aquel día con una presencia que correspondía de manera inesperada y evidente al deseo de verdad, de belleza y de justicia que constituía su humanidad sencilla y carente de

¹² *Ibidem*, p. 159.

¹³ M. Zambrano, *Los bienaventurados*, Siruela, Madrid 2004, p. 100.

¹⁴ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 159.

¹⁵ *Ibidem*, p. 160.

presunción. Desde entonces, si bien traicionándole y malinterpretándole miles de veces, ya nunca le iban a abandonar, se iban a volver “suyos”»¹⁶. Es la misma experiencia que don Giussani testimonió en 1998 en la Plaza de San Pedro: «Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio. Es lo que llenaba de estupor a Dionisio el Areopagita (siglo V): “¿Quién podrá hablarnos del amor singular que tiene Cristo al hombre, desbordante de paz?”. ¡Me repito estas palabras desde hace más de cincuenta años! Era una sencillez de corazón lo que me hacía sentir y reconocer como algo excepcional a Cristo, con esa certeza inmediata que produce la evidencia indiscutible e indestructible de ciertos factores y momentos de la realidad, que, cuando entran en el horizonte de nuestra persona, nos golpean hasta el fondo de nuestro corazón»¹⁷.

¿Por qué tiene el encuentro esta incidencia sobre el “yo”? «*El encuentro* con un hecho objetivo, originalmente independiente de la persona [...], adecua la agudeza de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca. Es lo que se llama *la gracia de la fe*»¹⁸. ¿Por qué esta realidad excepcional aferra al “yo” de forma tan potente, exaltando su capacidad de conocimiento? Gracias a «*la conciencia de la correspondencia* que hay entre el significado del Hecho con el que nos topamos y el significado de nuestra existencia [las exigencias constitutivas del “yo”]»¹⁹. Por este motivo, la experiencia cristiana exalta al máximo la razón y la libertad, y pone en movimiento al “yo” más que cualquier otra cosa, precisamente porque –como dice Edith Stein– «lo que comprendo penetra en mí mientras lo comprendo, me aferra en mi centro personal, y yo me atengo a ello»²⁰.

2. El signo

¿Qué dinámica genera en el “yo” el hecho de verse aferrado tan poderosamente en la relación con la realidad? «Una cosa que se ve y que se toca y que al verla y al tocarla me mueve hacia otra cosa, ¿cómo se llama? Signo. [...] Pues éste es el método con el que la naturaleza

16 L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 14.

17 L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 12.

18 L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, pp. 120-121.

19 *Ibidem*, p. 121.

20 E. Stein, *Natura Persona Mistica*, Città Nuova, Roma 1997, p. 105.

nos llama a otra cosa distinta de ella misma: el método del signo»²¹. No se trata de un discurso, ni de un precepto: se trata de la realidad que me mueve, me conmueve, me provoca y me impulsa. Aquí podemos ver la gran corrección que nos hace don Giussani: no cuentan nuestros pensamientos y nuestros propósitos, sino la lealtad con la realidad. Podemos empezar a identificar en qué momento comienza la falta de lo humano: cuando sucumbimos a la tentación de detener este movimiento. Y don Giussani pone algunos ejemplos para ayudarnos a entender lo que quiere decir: «Frente a una señal de tráfico que indica una bifurcación, pretender reducir el sentido de la cosa a la existencia del poste y de la flecha que hay en el cartel, negando que exista aquello otro a lo que se refieren, no sería racional. La visión del fenómeno no sería adecuada a la energía que produce en el hombre el impacto de su mirada con el poste y la flecha. No sería humanamente adecuado participar en ese fenómeno reduciendo la experiencia que se tiene de él a su aspecto inmediato»²². Lo mismo dice del impacto que provocan las flores que nos han regalado: «Una visión humana del fenómeno de la presencia del ramillete de violetas exige que se acepte la invitación que está contenida en él. Y la invitación es una provocación a preguntar: “¿Cómo es eso?”»²³. Lo mismo sucede con toda la realidad: «Análogamente, tampoco es humano afrontar la realidad del mundo frenando la capacidad humana de adentrarse en la búsqueda de lo otro, tal como nos impele a hacer la presencia de las cosas por el simple hecho de ser hombres. Ésta es, como ya he dicho, la postura positivista: el bloqueo total del ser humano»²⁴. En esto consiste la falta de lo humano: ¡en el bloqueo total del ser humano!

Cristo sale a nuestro encuentro para ayudarnos, no para sustituirnos. ¿Cómo lo hace? «Para el cristiano penetrado por la conciencia de la presencia de Cristo, para el hombre nuevo, todas las cosas son una nueva creación [todo es signo]. El Evangelio nos pone de manifiesto con discretísimas pinceladas el carácter de la mirada que Jesús tenía hacia la naturaleza: cómo mostraba a sus discípulos las flores del campo, los pájaros del cielo, las higueras y los viñedos de su tierra, las vistas de la ciudad que amaba. La conciencia del nexo existente entre el objeto de su mirada y el destino, su Padre, era en Él de una transparencia inmediata. Para Él todo brotaba del gesto creador del Padre y, por lo

21 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 161.

22 *Ibidem*.

23 *Ibidem*, p. 161-162.

24 *Ibidem*, p. 162.

tanto, era milagro. Del mismo modo, a medida que uno vive más la fe en la presencia de Cristo en la Iglesia, el asombro por las señales de Dios brota incluso en las situaciones más ocultas, hasta en el asalto de los pensamientos más recónditos. Entonces no hace falta que se produzca un choque particular para recordar el origen grande que constituye la vida; basta la normalidad de cada instante. Cuando el ojo mira un punto se ve conducido a abarcar todo lo demás, y sólo de ese modo adquiere dicho punto su verdadera proporción. La dimensión religiosa de la conciencia se sitúa en un análogo “abarcar todo lo demás” [Cristo ha venido para esto: para despertar el sentido religioso]. Nosotros vivimos a menudo nuestra vida sin esta visión que lo abarca todo, como si tuviéramos un defecto que hace parcial nuestra mirada. Mientras que la fuente de la estética, del *ethos* y de lo verdadero es la totalidad»²⁵.

¡Cómo sería la vida, amigos, si cada instante, hasta el más escondido, estuviese lleno de esta intensidad! Por eso, necesitamos que Alguien nos libere de este defecto que hace parcial nuestra mirada: Cristo ha venido precisamente para liberarnos de este defecto, abriéndonos a la totalidad. ¿Cómo lo hace? Uniéndonos a Él, haciendo florecer nuestro afecto, nuestra libertad y nuestra razón. «La fe cristiana nace como apego personal a este encuentro. En su página más bella, Romano Guardini dice que “algo semejante lo experimenta todo aquél para el que adquiere significación esencial otra persona; puede llegarse incluso a que todo, el mundo, el destino y el cometido propio, pasen a través de la persona amada, a que ésta se halle contenida en todo, a que se la vea a través de todo y a que todo reciba de ella su sentido. En la experiencia de un gran amor todo el mundo confluye en la relación yotú, y todo se convierte en un acontecimiento dentro de su ámbito”»²⁶. Acontecimiento: todo es acontecimiento porque me relaciono con todo a través de la conmoción por la persona amada; y, entonces, todo empieza a hablarme, a sorprenderme, como dice Abraham Heschel: «No nos damos cuenta de la existencia del misterio sólo cuando hemos alcanzado la cima de la reflexión o en la observación de hechos extraños o extraordinarios, sino más bien cuando nos damos cuenta del hecho sorprendente de que existen los hechos»²⁷. Hechos que antes parecían obvios y que ahora empiezan a sorprendernos: aunque estén presentes los mismos factores, la vida se convierte en algo totalmente distinto.

25 L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., pp. 278-279.

26 L. Giussani, «Comunione e Liberazione oggi», en *Quaderni Mazziani*, n. 1, pro manuscripto, Padova 1985-1986 (1986), p. 40.

27 A.J. Heschel, *Dio alla ricerca dell'uomo*, Borla, Roma 1983, p. 76.

Cristo ha venido justamente para ayudarnos. Pero nosotros podemos resistirnos, como aquellos a los que Jesús reprende en el Evangelio: «Decía Jesús a la gente: “Cuando veis subir una nube por el poniente, decís enseguida: ‘Chaparrón tenemos’, y así sucede. Cuando sopla el sur, decís: ‘Va a hacer bochorno’, y lo hace. ¡Hipócritas! Si sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no sabéis interpretar el tiempo presente?»²⁸. ¿Cómo es posible que no reconozcan los hechos y los signos que Él pone ante ellos? No es que fueran tontos. La acusación de hipocresía es adecuada, porque la gente tiene inteligencia suficiente para reconocer los signos del tiempo (las nubes y el viento del sur), y, por tanto, debería ser capaz de reconocer también los signos de la acción de Dios. ¡No tenemos ninguna excusa! Si no lo hacemos, no es porque no seamos capaces, sino porque no estamos disponibles para hacerlo.

3. «¿Acaso puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo?»

Ante nuestra falta de disponibilidad, surge a menudo la pregunta: después de todo lo que nos ha sucedido y sigue sucediéndonos, ¿es posible esta novedad? ¿Puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo? Era la pregunta de Nicodemo, que reconocía por los signos que Jesús venía de Dios. Por el comentario que hace a las palabras de Nicodemo, se comprende que Jesús ha entendido perfectamente dónde está la dificultad: si uno no se deja generar por lo que reconoce, no puede ver el Reino de Dios. Es la misma condición que encontramos en el *Evangelio de Mateo*: «Os aseguro que, si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los cielos»²⁹.

El problema que se plantea está claro: ¿Es posible que el “yo” vuelva a nacer, que lo humano se implique por entero en la dinámica de la relación con la realidad y con uno mismo (relación que, de otro modo, se ve bloqueada, devaluada, mutilada)? Si el cristianismo no interviene en este nivel profundo de la vida del sujeto, quiere decir que no es un acontecimiento en la vida del hombre; si es acontecimiento, produce un cambio en la concepción del yo, que se expresa, ante todo, en la forma de mirar y de relacionarse con la realidad. Aquí se juegan el carácter razonable, la utilidad y la pertinencia de la fe con respecto a la vida. En cambio, si la fe no produce un cambio capaz de tocar la raíz del “yo”, se convierte en algo inútil.

²⁸ Lc 12,54-56.

²⁹ Mt 18,3.

La respuesta de Jesús a la pregunta de Nicodemo es explícita: el hombre por sí mismo no puede renacer, es imposible; sólo puede ser “hecho renacer”, puede ser generado una segunda vez desde lo alto, desde el Espíritu. Es muy sintomático que, en el texto griego, todos los verbos estén en voz pasiva: ser generado es obra de Otro, es una gracia.

Continúa el episodio evangélico: «Nicodemo le preguntó: “¿Cómo puede suceder eso?”. Le contestó Jesús: “Y tú, maestro de Israel, ¿no lo entiendes? Te lo aseguro, de lo que sabemos hablamos, de lo que hemos visto damos testimonio. Si no creéis cuando os hablo de la tierra, ¿cómo creeréis cuando os hable del cielo? Porque nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna”»³⁰. Aquí se muestra en acto toda la dialéctica entre la razón y la libertad frente a la persona de Jesús. La moralidad se juega en las cosas de la tierra, en los signos, en los milagros, en los hechos que suceden, es decir, en la actitud que uno asume ante una palabra o un gesto de Jesús, tal y como sucede en la actitud que uno asume frente a los signos del cielo que indican que mañana lloverá.

Las “cosas del cielo”, a través de la dinámica de la Encarnación, se han convertido en las “cosas de la tierra”, cosas que podemos tocar, como dice san Juan: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos: la Palabra de la vida (pues la vida se hizo visible), nosotros la hemos visto, os damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis unidos con nosotros en esa unión que tenemos con el Padre y con su Hijo, Jesucristo»³¹. En realidad, sólo una persona conoce las cosas del cielo, y es Aquel que ha descendido del cielo, Jesús. Por tanto, el discernimiento de las cosas del cielo pasa a través de la actitud que uno tiene ante estas cosas terrenas, que son los signos y las palabras de Jesús. Pero, para esto, uno debe estar disponible: si uno no nace de agua y de Espíritu, no es posible nacer de nuevo. Aquí encontramos una clara referencia al Bautismo, momento en que comenzó este nuevo nacimiento para cada uno de nosotros.

La obra del Espíritu no se agota en el gesto del Bautismo y en los otros sacramentos, sino que sigue obrando en la vida. ¿De qué modo? Lo expresó de manera definitiva Juan Pablo II en el encuentro que tuvo

³⁰ *Jn* 3,9-15.

³¹ *1Jn* 1,1-3.

con los sacerdotes del movimiento en 1985: «[La Gracia sacramental] encuentra su forma expresiva, su modalidad operativa, su concreta incidencia histórica por medio de los diversos carismas que caracterizan un temperamento y una historia personal»³². Por tanto, esta acción del Espíritu sigue alcanzándonos hoy a través del carisma, a través de lo que el Espíritu realiza ante nosotros, desafiándonos continuamente. En la respuesta a lo que Él hace, nosotros podemos ver si estamos disponibles o no a seguir, a dejarnos generar, a dejarnos educar.

4. Un trabajo humano

El impacto del hombre con la realidad –afirma don Giussani– nos permite descubrir el «carácter exigente que tiene la experiencia existencial»³³. La realidad hace que salgan a la luz esas exigencias que me constituyen: verdad, justicia, amor, felicidad. Podemos resumir estas exigencias en la gran pregunta: *Quid animo satis?*³⁴. «El hombre no se ha dado a sí mismo el gusto de lo infinito y el amor de lo inmortal. Estos sublimes instintos no nacen de un capricho de su voluntad; tienen su móvil en su naturaleza, y existen a despecho de sus esfuerzos, de manera que aunque pueda sujetarlos o desfigurarlos, nunca podrá destruirlos»³⁵.

Podemos decir de nuevo: si es característico de la realidad saber despertar esas exigencias que nos constituyen, ninguna realidad las despierta de forma tan poderosa y las hace salir a la luz tan claramente como el Hecho cristiano. Escribe don Giussani que «la persona se encuentra a sí misma en un encuentro vivo, es decir, en una presencia [la presencia de una persona o de un grupo] con la que se topa y que desprende un atractivo [...], es decir, reclama al hecho de que nuestro corazón, con todo lo que le constituye, con las exigencias que lo constituyen, es, existe»³⁶. Nada hace brotar las exigencias constitutivas de nuestro “yo” como el encuentro.

El cristianismo es un acontecimiento que hace renacer al “yo”, que hace salir a la luz todas nuestras exigencias, y prueba de ello es la forma con la que nos relacionamos con la realidad. Cada uno puede

32 Juan Pablo II, «Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los sacerdotes de Comunión y Liberación», Castel Gandolfo – Roma, 12 septiembre 1985.

33 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 162.

34 «¿Qué puede saciar el alma?». Cf. A. Gemelli, *Il Franciscanesimo*, Edizioni O. R., Milano 1932, cap. XIII.

35 A. de Tocqueville, *La democracia en América*, FCE, México 2005¹³, p. 493.

36 L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 182.

verificar de qué modo se ha movido ante los hechos que están ocupando los periódicos en estos tiempos, y que hicieron llorar al Papa en Malta durante su viaje apostólico. Ante los datos que continuamente aparecen en los periódicos sobre el tema de la pedofilia, todos hemos sentido la urgencia de hacer las cuentas con nuestra exigencia de justicia. Al igual que en el caso de Eluana, estamos ante un hecho público al que no podemos sustraernos, y que nos ha obligado a reaccionar, a responder ante los colegas, en casa, o ante nosotros mismos. Lo queramos o no, la vida siempre hace salir a la luz nuestras exigencias, pero en este caso, el alcance del reto es todavía más dramático, porque implica un desafío para la fe. Cada uno puede mirar cómo ha afrontado este asunto. El Misterio no nos ha querido ahorrar esta circunstancia; es un episodio que, vivido de esta manera, tiene un valor educativo. No son pocos los que se han quedado desconcertados, cuando no turbados. Me ha escrito una persona: «No consigo afrontar esta situación». Y otra: «Ante la provocación escandalosa de este asunto, hemos sentido de alguna manera la tentación de conformarnos con el escándalo de todos, aunque en seguida hemos comprendido que se estaba instrumentalizando la cuestión». ¡La vida nos desafía! Para mí ha supuesto un desafío afrontar este asunto, un desafío que me ha puesto manos a la obra; y cada vez estoy más contento de que no se me haya ahorrado nada, de que deba hacer frente a los mismos problemas de todos, porque es la ocasión que se me ofrece de verificar la fe, y de crecer haciendo las cuentas con todo lo que sucede. El resultado de este trabajo ha sido el artículo publicado en *la Repubblica*: en él he empezado reconociendo que «nunca habíamos sentido tanto desconcierto como el que nos provoca a todos el dolorosísimo caso de la pedofilia. Desconcierto por nuestra incapacidad para responder a la exigencia de justicia que aflora desde lo hondo del corazón. Exigir responsabilidades, pedir que se reconozca el mal cometido, recriminar el modo en el que se ha llevado adelante el asunto, todo parece insuficiente frente a este mar de mal. Parece que nada basta. [...] Todo ello ha servido para presentar ante nuestros ojos cuál es la naturaleza de nuestra exigencia de justicia. No tiene fronteras. No tiene fondo. Es tan profunda como la herida. Tan infinita que no puede ser colmada [es nuestra exigencia de justicia, que es igual a la de los demás, y por eso podemos compartir con ellos el mismo grito]. [...] Desde este punto de vista, paradójicamente los autores de los abusos se encuentran ante un reto semejante al de las víctimas: nada es suficiente para reparar el mal cometido. Esto no quiere decir que se les exima de sus responsabilidades, y menos aún de la condena que la

justicia pueda imponerles»³⁷. No bastará ni siquiera cumplir toda la pena, como decía Marino, preso de la cárcel de Padua, que participó en el *Via crucis*: «Pagar no significa solamente cumplir día a día una condena tan larga como la vida que tienes ante ti, quiere decir también convivir con un peso sobre la conciencia que no consigue aligerar el paso del tiempo, porque se renueva cada día y te persigue de noche [he aquí la exigencia de justicia]. Por lo que a mí respecta, es como si nunca estuviera verdaderamente solo, tengo la sensación de vivir con la persona a cuya muerte contribuí durante un intento de robo». Todos hemos advertido la desproporción, la incapacidad ante la urgencia de justicia que sentíamos arder dentro de nosotros; pero, ¿cuántos han hecho las cuentas con su infinitud, es decir, con el signo que constituye el fenómeno mismo de la exigencia? Aquí se ve la diferencia en el uso de la razón: la alternativa entre la fidelidad a la dinámica original de la razón ante la realidad y la traición de la misma, el asesinato de lo humano, la falta de lo humano.

Don Giussani nos advierte: «Una visión del impacto continuo que produce en la conciencia del hombre la realidad, que bloquee la dinámica del signo, que detenga ese remitir a otra cosa que constituye el corazón de la experiencia humana, [daos cuenta de lo que dice] cometería un asesinato de lo humano, frenaría indebidamente el impulso del dinamismo vital»³⁸. Bloquear, detener, frenar: son verbos que indican siempre esa falta de lo humano. Entonces, el problema es identificar dónde me bloqueo, dónde me detengo, para poder reemprender el camino.

¿Por qué nos detenemos? ¿Por qué detenemos la urgencia, la exigencia que hay en nosotros? Por dos motivos: o por prejuicio, es decir, porque reducimos la exigencia de justicia a una medida propia (de esta manera, además de poder seguir acusando al único que la afronta verdaderamente, el Papa, se evita hacer las cuentas con la propia incapacidad de hacer justicia verdaderamente); o bien por impotencia, es decir, por la incapacidad de mantenernos ante esta exigencia (percibiendo una soledad que no es sino la incapacidad de permanecer ante la realidad).

5. La contemporaneidad de Cristo

Entonces, ¿qué nos permite mirar a la cara esta exigencia sin sucumbir?

37 J. Carrón, «Heridos, volvemos a Cristo», en *Huellas-Litterae Communionis* n. 4, p. 1.

38 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 166.

Con su *Carta a los católicos de Irlanda* y con sus gestos, el Papa nos ha testimoniado la respuesta a esta pregunta. ¿Qué es lo que le ha permitido al Papa permanecer ante la exigencia de justicia que sentía, afrontándola con valor y determinación? «El único modo de salvar –para considerarla y tomársela en serio– toda esta exigencia de justicia es reconocer la verdadera naturaleza de nuestra necesidad, de nuestro drama. “La exigencia de justicia es una petición que se identifica con el hombre, con la persona. Sin la perspectiva de un más allá, de una respuesta que está más allá de las modalidades existenciales experimentables, la justicia es imposible... Si fuera eliminada la hipótesis de un más allá, esa exigencia sería innaturalmente sofocada” (Luigi Giussani). ¿Y cómo la ha salvado el Papa? Acudiendo al único que la puede salvar. A Alguien que hace presente el más allá en el más acá: Cristo, el Misterio hecho carne. “Él mismo víctima de la injusticia y el pecado. Como vosotros, Él lleva aún las heridas de su sufrimiento injusto. Él comprende la profundidad de vuestro dolor y la persistencia de su efecto en vuestras vidas y vuestras relaciones con los demás, incluyendo vuestra relación con la Iglesia”»³⁹.

Don Giussani lo explica estupendamente: «Sólo lo divino puede “salvar” al hombre; es decir, las dimensiones verdaderas y esenciales de la figura humana y de su destino sólo pueden ser “conservadas”, esto es, reconocidas, proclamadas y defendidas por Aquel que es su sentido último»⁴⁰. Nosotros sólo podremos reconocer todas nuestras exigencias sin asustarnos si Cristo permanece como una experiencia real en el presente. Si el “yo” renace en un encuentro, necesitamos la contemporaneidad de Cristo en el presente para descubrir y mirar completamente a la cara la naturaleza del “yo”. El método es siempre el mismo: es Algo que se da antes, no sólo al inicio, sino en cada paso del camino. Si, por el contrario, el acontecimiento de Cristo cristaliza en doctrina, se reduce a una ética o a espiritualismo, pierde su capacidad de despertar todo lo humano, y por tanto de sostenernos ante el reto que suponen las exigencias humanas más verdaderas. Si no fuera por su pasión por Cristo, el Papa no podría mirar a la cara esta situación dramática sin ceder al miedo por las posibles consecuencias; en cambio, ha podido afrontarla porque se apoya en una certeza, porque está “suspendido sobre esa plenitud” que es la presencia única de Cristo, suspendido sobre esa tierra firme que le permite mantenerse en pie. Nosotros podremos mirar a la cara todas las exigencias de nuestro yo, sin sucumbir ni reducirlas a las imágenes que nos vienen de

39 J. Carrón, «Heridos, volvemos a Cristo», op. cit., p. 3.

40 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 103.

los medios de comunicación, sólo si, como él, estamos suspendidos sobre una plenitud, si nos apoyamos en la presencia de Cristo. La experiencia de Cristo ahora —¡en este momento!— es decisiva para gozar de toda la amplitud de lo humano. Y esto sólo es posible porque existe el Misterio. Sólo lo divino puede salvar lo humano. De nuevo, podemos percibir aquí la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida. «Acudir a Cristo, por tanto, no es buscar un subterfugio para escapar de las exigencias de la justicia, sino el único modo para realizarla»⁴¹. Basta con leer —*Huellas* ha hablado de ello— lo que han escrito los presos de Padua o el testimonio de personas que han sufrido la injusticia (la viuda Coletta o Gemma Calabresi) y que han podido permanecer ante esta exigencia de justicia.

Parafraseando a san Pablo, podemos decir que, después de la caída, el don de la gracia no es sólo una restitución de la justicia, sino una sobreabundancia: «La ley, en verdad, intervino para que abundara el delito; donde creció el pecado, más desbordante fue la gracia. Y así como reinó el pecado causando la muerte, así también, por Jesucristo nuestro Señor, reinará la gracia causando la salvación y la vida eterna»⁴². Me preguntaba una persona: «Hace ya diez días que le estoy dando vueltas a tu artículo [de *la Repubblica*], y quiero comprender de dónde nace el juicio que ofreces en él». La respuesta es sencilla: este juicio nace del seguimiento del carisma. Tenemos ante nosotros alguien a quien seguir, alguien que nos ha enseñado a dejarnos provocar por los hechos, para que nuestra razón pueda ampliarse. Veo crecer en mí un agradecimiento cada vez más intenso y consciente a don Giussani. Dios ha tenido piedad de nosotros permitiendo que le conociésemos, porque él nos ha testimoniado y propuesto un camino que podemos decidir si queremos recorrerlo o no.

Es posible nacer de nuevo cuando uno es viejo, si se está disponible a dejarse generar por la potencia del Espíritu, que nos alcanza de forma particular a través de la gracia del carisma, sin reducirlo a la propia medida o la propia imagen. En esto consiste la contemporaneidad de Cristo para nosotros, la única que nos permite permanecer ante la realidad como hombres. Se trata de un camino que se interrumpió en nuestra cultura europea hace siglos, cuando algunos pensaron que podrían arreglárselas solos, considerando que, para acceder a la verdad, la mediación de la tradición cristiana era algo externo, algo que imponía a la razón una desviación inútil (no puedo detenerme ahora en desarrollar este punto).

Me interesa subrayar dos corolarios decisivos.

41 J. Carrón, «Heridos, volvemos a Cristo», op. cit., p. 3.

42 *Rm* 5,20-21.

a) Exigencia de justicia y razonabilidad de la fe

Sólo si tomamos en serio la exigencia de justicia podremos comprender la razonabilidad de la fe, porque Cristo es el único capaz de responder a una exigencia de justicia que no esté reducida; mientras que, si está reducida, no necesito a Cristo, porque creo que puedo llegar a cumplirla con mis manos (pero luego, cuando la vida aprieta, no somos capaces de afrontarla...). Por tanto, sólo quien mira a la cara la exigencia de justicia en toda su profundidad puede percibir la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida; quien reduce, en cambio, esta exigencia, por miedo o por prejuicio, percibirá inevitablemente la fe como algo añadido, sin descubrir la necesidad existencial que tiene de ella.

b) Dignidad cultural de la fe

Si no recorremos un camino así, no conseguiremos tener un rostro distinto y original en la sociedad. Seremos como todos, reaccionaremos como todos, con los mismos criterios de todos: la mentalidad de origen es más decisiva que la mentalidad que nace del encuentro que hemos tenido, y esto hace de nuestra vida algo inútil y superfluo, condenada a desaparecer con el tiempo. Recientemente, el cardenal Angelo Scola nos ha recordado una convicción que tenía don Giussani: «“Me resultó entonces claro que una tradición, o en general una experiencia humana, no puede desafiar a la Historia, no puede subsistir a lo largo del tiempo, si no consigue expresarse y comunicarse según modos que tengan una dignidad cultural”. Pero esta dignidad cultural sólo es posible a partir de la experiencia de un sujeto, personal y comunitario, bien identificado en sus rasgos ideales, pero inserto a la vez en la Historia, que se proponga al hombre, con sencillez y sin complejos, *en virtud* de sus razones intrínsecas [no del poder]. Un sujeto semejante no teme una confrontación sobre cualquier cosa»⁴³.

Debemos superar este dualismo, como cuenta uno de vosotros: «La otra noche, mi mujer y yo fuimos a cenar a casa de unos amigos que están empezando a trabajar ahora en mi sector. Hablamos mucho sobre el trabajo. Por mi parte, les di un montón de buenos consejos. Mientras volvíamos a casa en coche, mi mujer me confirmó que mis “consejos técnicos” (así los definió) eran buenos, pero señaló que durante toda la cena nos habíamos mantenido en la superficie, sin llegar a la raíz de la vida. El verdadero problema, decía ella, era que la dura circunstancia laboral de la que se lamentaban nuestros amigos, era una ocasión de

43 A. Scola, «La conveniencia umana del cristianesimo», en *ilsussidiario.net*, 22 febrero 2010.

verificación de su fe, pero ninguno de los que estábamos sentados en aquella mesa parecía darse cuenta de ello. La cosa es que cuando mi mujer pronunció las palabras “verificación de la fe”, fue como recibir un puñetazo en el estómago, y experimenté una sensación de extrañeza. Me di cuenta enseguida de que mi mujer tenía toda la razón. Aquel sentimiento de extrañeza, aunque sólo duró un instante, me puso ante la evidencia de que lo que prevalecía en mí, en última instancia, era ese dualismo del que nos has hablado con frecuencia en estos años, y que para mí había sido siempre un concepto etéreo. Un dualismo escondido tal vez bajo las cenizas de la devoción por la que rezas al comienzo y al final del día, y a veces a lo largo de él. Pero, en última instancia, la fe se reduce a un voluntarismo por el que vale sólo aquello que logro realizar, y Dios se queda en un segundo plano. Sé que éste ha sido nuestro trabajo durante meses, y aún así vuelvo a pedir que me eches una mano en este tema, no sólo para comprender los términos de la cuestión, sino porque veo la certeza y la alegría de mi mujer y de otros amigos míos, y deseo para mí esa misma certeza y esa misma alegría, que intuyo deriva de una unidad, de un apego a Cristo que yo no tengo».

El sujeto nuevo no es dualista, porque el cambio afecta a la forma misma de mirar, de percibir, de juzgar, de manipular, de tratar la realidad (personal, social, cultural y política), y por tanto a la raíz del “yo”. Amigos míos, la fe no discurre paralela al modo de concebir y de afrontar la realidad que es propio de todos (establecido por el ambiente, por el prejuicio que está en boga, por la moda); no se añade como un plus de vida interior y de ética a una concepción de las cosas ya constituida. La fe se convierte justamente en principio de una forma nueva –es decir, verdadera– de tomar conciencia de la realidad misma. Éste es el desafío que tenemos ante nosotros: la generación de un sujeto que no tema una confrontación sobre cualquier cosa, porque esto es lo que deseamos. «Yo deseo la certeza y la alegría de mi mujer»: el cristianismo se comunica por envidia, siempre ha sido así.

Conclusión: un “Tú” que domina

Nosotros llegaremos a ser distintos y originales si en nuestra vida domina un “Tú”; y esto es posible únicamente si aceptamos desplazar nuestro centro afectivo. Desplazar nuestro centro afectivo significa «mover el centro afectivo de uno mismo a un “Tú” –ja un “Tú” [que

actúa en la realidad, que nos asombra y nos llama: nada más lejos del espiritualismo]!-, y esto te libera y te llena de alegría [como decía nuestro amigo describiendo a su mujer], como está lleno de alegría el niño porque está su madre: su centro afectivo es otro, y entonces está bien, está equilibrado. Si su madre se marcha, el centro afectivo recae sobre sí mismo, y entonces cambia el sentimiento de sí mismo: llora, está desesperado, se vuelve violento, es violento en el juego [está rabioso]. Éste es justamente el mensaje: que el aspecto último de la cuestión es una presencia real, porque Cristo ha resucitado»⁴⁴.

Don Giussani nos reclama a esta conciencia al testimoniarnos Quién domina en él: «Amigos, para entender qué es la traición tenemos que pensar en nuestra propia distracción, porque es una traición pasar los días, las semanas, los meses... por ejemplo, ayer por la noche, ¿cuándo hemos pensado en Él? ¿Cuándo hemos pensado en Él seriamente, con el corazón, el mes pasado, en los últimos tres meses, desde octubre hasta ahora? Nunca. No hemos pensado en Él como Juan y Andrés pensaban en Él mientras lo miraban hablar. Si nos hemos preguntado por Él, ha sido por curiosidad, por análisis, exigencia de análisis, de búsqueda, de aclaración, de claridad. Pero pensar en Él como uno, enamorado de verdad, piensa en la persona de quien está enamorado (¡incluso en este caso es muy raro que suceda, porque todo se calcula en función del interés!), puramente, de modo absoluto y totalmente desprendido, como puro deseo de bien... ¡tanto que si el otro no te lo reconociera, alimentarías todavía más el deseo de su bien!»⁴⁵. Es comprensible por qué un hombre de esta estatura puede escribir que «el primer objeto de la caridad del hombre se llama Jesucristo»⁴⁶.

Esto sucede entre nosotros con una frecuencia cada vez mayor. Esto es el movimiento: personas dominadas por el “Tú” de Cristo; nuestra compañía está llena de testimonios de personas dominadas por este “Tú”, son personas que tal vez no están en primera fila, pero hay muchísimas, como compruebo cuando visito las distintas comunidades. Me escribe uno de vosotros: «Empiezo contándote lo que está sucediendo en este periodo. Lo que más me desbarata es el bien que Cristo supone para mí, la conmoción que Él experimenta respecto a mí antes incluso de mi conmoción. Mis deseos no quedan anulados. Pido todo y acepto todo según la modalidad que Él decide; hoy no hay condiciones que me

44 L. Giussani, *Qui e ora*, BUR, Milano 2009, p. 80.

45 L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, p. 238.

46 *Ibidem*, p. 246.

determinen, me determina esa mirada buena que Él tiene por mí incluso ante la enfermedad de mi mujer o de mis hijos». Otra persona me escribe: «Me parece haber nacido de nuevo: estoy contenta, y experimento una ternura por mí misma que nunca había tenido. La vida tiene ahora una intensidad que no conocía desde hacía tiempo. Ocupada en mil cosas, simplemente no caía en la cuenta de Su presencia. Verdaderamente se puede nacer de nuevo siendo viejo».

Dominados por esta conmoción, uno puede amar a Cristo en cualquier circunstancia; porque sin Cristo, la circunstancia es insoportable. Por eso sentimos cada vez más la urgencia, la sed de este “Tú” del que habla el Salmo: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti maduro, / mi alma está sedienta de ti, / mi carne tiene ansia de ti, / como tierra reseca, agostada, sin agua»⁴⁷. ¿Por qué esta sed? ¿Por qué este deseo? Porque Tu gracia vale más que la vida, oh Cristo. Esto es lo que debemos pedir siempre al Espíritu, que hace presente a Cristo, que hace que Le reconozcamos, que nos hace desearLe como algo por lo que merece la pena vivir, levantarse por la mañana, ir a trabajar o tener hijos.

Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam, y despierta en nosotros el deseo de Cristo, para que podamos conocerLe cada vez más, no como una palabra, sino como una experiencia que no podemos eliminar. Con Él la vida está llena de intensidad, podemos vivir en primera persona ante la realidad y ante las personas más queridas o más extrañas. *Veni Sancte Spiritus*, para que vivamos dominados por esta conmoción, determinados por esta conmoción que Tú, Espíritu, nos comunicas en la caridad del Misterio. Tú eres ese amor que se ha difundido en nuestros corazones para que podamos vivir así: ¡es el otro mundo en este mundo!

El Salmo continúa: «Toda mi vida te bendeciré / y alzaré las manos invocándote»⁴⁸: es el agradecimiento que invade toda la persona por la novedad que introduce Cristo. Por eso, «en el lecho me acuerdo de ti / y velando medito en ti, / porque fuiste mi auxilio, / y a la sombra de tus alas canto con júbilo; / mi alma está unida a ti, / y tu diestra me sostiene»⁴⁹. Mi alma está unida a Ti con agradecimiento: ¡estréchame cada vez más a Ti, oh Cristo! Estar unidos a Ti es lo que nos da la fuerza para permanecer en la realidad con todo nuestro ser. Tú eres mi fuerza, no yo: mi fuerza es estar unido a Ti.

⁴⁷ Sal 63,2.

⁴⁸ Sal 63,5.

⁴⁹ Sal 63,7-9.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Hch 9, 31-42; Sal 115; Jn 6, 60-69

HOMILÍA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL ANGELO SCOLA PATRIARCA DE VENECIA

1. «Dios, que con el agua del Bautismo has regenerado a aquellos que creen en Ti». Así hemos rezado en la oración colecta. En estos Ejercicios espirituales en los que participan miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación de numerosos países del mundo, la acción eucarística que estamos celebrando hace presente el único e irrepetible acto de salvación de Jesucristo. Puesto que la regeneración salvadora sólo puede acontecer en el presente, entonces la amada persona de Cristo, presente aquí y ahora, me está regenerando, me está salvando a mí, aquí y ahora. Soy yo, eres tú el regenerado, «*el hombre nuevo del que Cristo hablaba a Nicodemo, el hombre que nace de lo alto: de lo alto, es decir, ¡de Otro!*», dice don Giussani. Y continúa: «*Se trata realmente de una “concepción” de sí, de una concepción generada por el reconocimiento y la aceptación de Otro como el atractivo que me constituye*» (cf. *Certi di alcune grandi cose*, p. 218). Don Giussani subraya el doble significado de la palabra “concepción”: en el Bautismo, cada hombre es concebido de nuevo como hijo en el Hijo, y de ahí brota para él una nueva concepción de sí. Benedicto XVI la describe así, de forma lapidaria: «“Yo, pero ya no yo”: ésta es la fórmula de la existencia cristiana fundada en el Bautismo, la fórmula de la resurrección dentro del tiempo, la fórmula de la novedad cristiana llamada a transformar el mundo» (homilía en el Congreso Eclesial de Verona, 19 de octubre de 2006).

Incluso después de tantos años de camino cristiano es imposible no sentir el impacto, podríamos decir el estremecimiento que estas afirmaciones de raíces paulinas provocan en nosotros, a no ser por el mar de distracción en que normalmente estamos inmersos, incluso aquí, en este momento.

El hombre es concebido como cristiano en el Bautismo. Pero, sobre todo si lo ha recibido de niño, el Bautismo florece en una concepción nueva de la vida cuando tiene lugar su encuentro personal con Cristo en la Iglesia. Este encuentro sucede por la gracia del carisma, que hace atractiva la gracia del Bautismo y de la institución eclesial.

Ya lo precisó el venerable Juan Pablo II: la gracia sacramental (institución) «*encuentra su forma expresiva, su modalidad operativa, su incidencia histórica concreta a través de los diversos carismas que caracterizan un temperamento y una historia personal*» (Discurso a los sacerdotes de Comunión y Liberación, 12 de septiembre de 1985). Cada cristiano debería hacer el ejercicio (uso la palabra tal como la usaba san Ignacio en sus *Ejercicios Espirituales*) de identificar con precisión en la propia vida el cuándo y el cómo de este encuentro personal, y volver continuamente sobre él para serle siempre fiel. Todos sabemos que ninguna gracia –y esto vale para el sacramento y para el carisma– se puede poseer como se posee un objeto. Por tanto, cada uno de nosotros, si es sincero, puede reconocerse en Nicodemo, en lucha entre la lealtad y el escepticismo. Pensemos en cada vez que volvemos a reducir la razón a una medida nuestra –«*¿Cómo puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo?*» (Jn 3,4); o cuando la libertad se estrecha, obtusa y caprichosa, «*¿Este modo de hablar es duro! ¿Quién puede hacerle caso?*» (Jn 6,60)–. Entonces, la realidad se escapa como la luz entre nuestras manos impotentes al querer aferrarla.

2. ¿Quién nos liberará de esta tristeza última en la vida? Sólo el «*testigo fiel*» (Ap 3,14). Así define el *Apocalipsis* a Jesús. Él y aquellos que Le siguen como se sigue a una presencia que se convierte en el centro afectivo de toda la existencia. El carisma vive en el encuentro histórico con el testigo en el que brilla la novedad del Resucitado. Se ofrece así al hombre la posibilidad de re-nacer, como le sucede físicamente a Tabita (Gacela), que es resucitada gracias al testigo Pedro (cf. Primera Lectura).

Pero es necesario preservar la gran palabra “testimonio” de cualquier reducción moralista, no dejarla reducida al buen ejemplo, aunque éste sea necesario. El testimonio ha de ser, con toda su fuerza, el método de conocimiento de la verdad, porque es la modalidad adecuada de la relación del yo con la realidad. El testimonio es el método de conocimiento más adecuado de la verdad, porque es el modo a través del que se comunica la verdad. Una verdad sólo se conoce verdaderamente cuando se comunica. El re-nacimiento bautismal permite el encuentro de cada persona con la realidad entera, porque abre y acompaña a la libertad en esa relación buena por excelencia que es la comunión con Cristo y, en Él, con los hermanos. El cristianismo es realmente una parentela nueva, más fuerte que la de la carne y la de la sangre.

Pero la comunión es “de lo alto”, hasta tal punto que de mil formas le oponemos resistencia. Por tanto, la pregunta desafiante de Jesús en

el Evangelio de hoy –«¿También vosotros queréis irnos?»– se dirige a cada uno de nosotros aquí reunidos. El hecho de haber venido hasta aquí con mucho sacrificio podría, a primera vista, eximirnos de esta pregunta, pero sería una injusticia última hacia nuestra sensibilidad llena de una razón que tiende a la totalidad. La vitalidad del carisma, cinco años después de la muerte de don Giussani, necesita testigos de una humanidad nueva. El carisma pone en marcha la libertad de cada uno de los miembros de Comunión y Liberación para que lleguen, como Simón Pedro, a verificar la conveniencia de este seguimiento: «Señor, ¿a dónde iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6,69).

3. ¿Cómo puede creer y reconocer a Cristo como el Salvador, es decir, renacer de lo alto, de Otro, el hombre de hoy, el hombre posmoderno, tentado de buscar la salvación en los asombrosos descubrimientos de la tecnociencia en el ámbito educativo, biológico, neurocientífico, considerando a menudo la fe religiosa, como mucho, como una consolación subjetiva?

La única condición, también en la coyuntura histórica actual, es el encuentro con testigos de una humanidad redimida, cumplida y conveniente y, por tanto, bien arraigada en la posmodernidad. Pero es necesario ser claros en este punto.

Vivir como hombres redimidos no significa ser impecables (sería una presunción monstruosa), sino –como afirmaba Agustín– “amar la vida nueva”, la vida según Cristo, tener “el pensamiento de Cristo”, es decir, pensar como Cristo y pensar en Cristo a través de todas las cosas, porque somos amados por Aquel que nos amó primero: «*Deus prior dilexit nos*». Dice Agustín: «*No amamos si antes no hemos sido amados... Busca el motivo por que el hombre ama a Dios y no encontrarás otro más que éste: porque Dios le amó primero*» (Disc. 34, 1-3; 5-6).

¿Percibes tú esto? ¿Tienes experiencia cotidiana de este dato, que *Deus prior dilexit te*, que te está amando primero? ¿Es éste el horizonte de tu conciencia?

Un testimonio similar lo podemos reconocer en la unidad de la persona. La unidad es el valor sobre el que se funda la experiencia elemental del “yo”. Pero la unidad del “yo” se muestra en las relaciones. Desde las más primarias, con el padre y la madre, hasta todas las relaciones en que el hombre re-nace, descubriendo siempre de nuevo, también en las caídas y naufragios, que el designio bueno del Dios fiel no deja de responder a la promesa de cumplimiento realizada en el encuentro con Cristo. Éste

es el fenómeno de la autoridad moral, el florecer de la santidad, que no puede permanecer sin la autoridad constituida. La autoridad constituida es la figura humana a través de la cual se sigue «*el designio del Espíritu de Dios en la Historia y en nuestra vida*» (L. Giussani, *De qué vida nace Comunión y Liberación*).

Unidad del yo, unidad de la Iglesia guiada por el Sucesor de Pedro y por los sucesores de los Apóstoles. Y unidad con quien, en la compañía vocacional nacida del carisma en el que se participa, ha recibido la responsabilidad objetiva de guía. Una unidad, por tanto, no exterior, no extrínseca, no como respeto formal, ni siquiera en última instancia por un cálculo bueno –porque es obvio que la división nunca es precursora de fecundidad–, sino la unidad vivida como actitud permanente y virtuosa, a partir de tu corazón, de tu mente, de tu acción. Esta unidad, que empieza en el “yo” y alcanza todas las expresiones eclesiales y, tendencialmente, sociales y civiles, habla más que todo el resto de la novedad del hombre redimido, y asegura la permanencia de la Iglesia y de todos los carismas en la Iglesia. Por este motivo, la unidad nunca tiene miedo de la corrección, porque nada puede socavar el hecho de que la unidad, como don de lo alto, siempre nos precede, poniéndonos en movimiento.

4. «¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?», hemos repetido en el salmo responsorial. ¿Cómo no ver el espectáculo de esta gran asamblea, en la que participan además miles de personas en todo el mundo, cómo no verlo bajo el prisma del gran don, del gran beneficio que el Señor nos ha hecho? Entonces, ¿cómo le pagaré? ¿Cómo le pagaremos? La preferencia, demostrada por el Señor con el don de la fe, con el Bautismo y con la participación en el carisma de don Giussani, hace más aguda la conciencia y la pasión que, como documenta el *Libro de los Hechos*, llevó a los primeros por todo el mundo. En este punto, nos conviene no pasar por alto algo que parece sólo un detalle de la Primera Lectura. Al describir la vida y la misión de Pedro, dice el *Libro de los Hechos*: «*Pedro recorría el país y bajó a ver a todos los fieles...*». En este “bajar a ver a todos los fieles” se expresan el horizonte y la naturaleza propias de la misión de la Iglesia y de cada uno de nosotros. No hay circunstancia ni situación de la existencia humana ajena al don del Resucitado. Ni nada ni nadie: «*Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios*» (1Cor 3,22). Por eso, la misión pide una apertura a la realidad en todos los ámbitos, y asigna a cada uno de nosotros una responsabilidad bien precisa. Nadie puede sustituirnos en esta tarea: se nos pide asumir, como hombres concebidos de nuevo por el

Espíritu, las circunstancias vocacionales personales y comunitarias, siempre concretas e históricamente contextualizadas, hechas de tiempo y de espacio, de estado de ánimo, de afectos, trabajo y descanso, de alegrías y dolores, de esperanza y de problemas... documentando la conveniencia suprema de gastar la propia existencia “en Cristo”. Así describe Pablo al cristiano: como aquel que existe en Cristo. La misión se juega en todo lugar y en todo momento, y nunca debe concebirse como la repetición mecánica de propuestas o iniciativas. La vida te es dada para ser donada. Si no la entregas, el tiempo te la roba. Unidad y misión son la expresión de la gratitud al Señor y a aquellos que nos han precedido y acompañado en Su seguimiento. Especialmente nuestro queridísimo don Giussani.

5. Confiamos a la Virgen María, *Mater Ecclesiae*, nuestro camino, el futuro lleno de esperanza de cada miembro de Comunión y Liberación y de todo el movimiento. Ella es la madre de los creyentes, de los redimidos. Su “sí” es fuente de un mundo transfigurado, ámbito de vida de los hombres libres, libres porque siempre vuelven a ser liberados de lo alto. Amén.

ANTES DE LA BENDICIÓN

Julián Carrón. Queridísima Eminencia, deseo darte las gracias en nombre de todos por haber querido participar con nosotros en estos Ejercicios. Nos impresiona siempre tu testimonio de pastor solícito por el pueblo que se te ha confiado y por el valor y la inteligencia con la que sigues al Papa. Tu persona –esta mañana hemos tenido ocasión de verlo de nuevo– es el signo más evidente de que el carisma de don Giussani es un factor vivificante de toda la Iglesia, y fuente de una humanidad siempre nueva. Por eso te damos las gracias y te pedimos que estés siempre a nuestro lado. Gracias.

Cardenal Scola. Soy yo el que os doy las gracias a todos vosotros y a don Julián, en el vínculo de afecto con don Giussani, cada vez más vivo según pasa el tiempo, como testimonio y prueba de que la comunión de los santos es más fuerte que nuestro simple peregrinar terreno, porque introduce en el tiempo lo Eterno, y abre, por tanto, a una esperanza confiada. Es así como debemos vivir este tiempo nuestro posmoderno. Es un tiempo de “dolores de parto”, ésta es su imagen más justa, no tanto

de crisis –hablar continuamente de crisis sólo da lugar a un lamento que paraliza–; los “dolores de parto” implican un trabajo que anticipa la vida, que anticipa el gozo de la vida.

Creo que don Giussani siempre ha mirado así el tiempo, desde los comienzos en el año 54, lanzándonos al mundo en Cristo, por Cristo y con Cristo, no con nuestras propias fuerzas, humildes pero “atrevidos”. Asumimos este tiempo como hijos suyos, pero sobre todo como hijos de Dios, como gente que sabe que debe pedir cada día poder renacer desde lo Alto.

Seamos testigos en el tejido concreto de lo cotidiano, siguiendo el carisma en toda su fuerza, teniendo al Papa como garantía de que el carisma vive en la institución de la Iglesia, y a los obispos que están con él, ofreciendo nuestra vida día a día por la gloria de la humanidad de Jesucristo.

Sábado 24 de abril, tarde

A la entrada y a la salida:

Franz Schubert, *Cuarteto de cuerda en re menor, D 810*, “La muerte y la doncella”

Amadeus Quartet

“Spirto Gentil” n. 7, Deutsche Grammophon

■ SEGUNDA MEDITACIÓN

Julián Carrón

***«Dichosos los pobres en el espíritu,
porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3)***

Estamos tratando de describir la falta de lo humano para poder afrontar la fractura entre el saber y el creer. Hasta ahora hemos hablado del factor de la razón, del conocimiento. Ahora debemos afrontar otro factor esencial en la definición del hombre: la libertad.

1. Íntegramente humanos: a través de la libertad

«El hombre, como ser libre que es, no puede llegar a su plenitud, no puede llegar a su destino si no es a través de su libertad [...]. Si yo fuera llevado a mi destino sin libertad, no podría ser feliz, no sería mía la felicidad, ese destino no sería mío»⁵⁰. ¡Qué exaltación tan única del “yo”! Ante la tentación siempre al acecho de buscar «sistemas tan perfectos que nadie necesitará ser bueno»⁵¹ –como dice T.S. Eliot–, Giussani exalta de un modo increíble la implicación del “yo”. La razón es la misma que había ofrecido Platón, hace ya siglos, en uno de sus Diálogos: «“¿Y qué le sucederá a aquel que adquiera las cosas buenas?”. “Esto te lo puedo responder con mayor facilidad –le dije–: será feliz”. “En efecto –repliqué–; por la posesión de las cosas buenas, los felices son felices, y ya no se necesita agregar esta pregunta: ¿Para qué quiere ser feliz el que quiere serlo?, sino que parece que la respuesta tiene aquí su fin”. “Es verdad lo que dices”, le repliqué. “Pues bien: ese deseo y ese amor, ¿crees que es

50 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 174-175.

51 T.S. Eliot, «Los coros de “La piedra”», en *Poesías reunidas 1909/1962*, Alianza, Madrid 1995, p. 180.

una cosa común a todos los hombres y que todos quieren que las cosas buenas les pertenezcan siempre? ¿Qué respondes?”. “Eso mismo –le dije–, que es algo común a todos”»⁵². Este deseo de poseer las cosas buenas, es decir, de que lleguen a ser mías, es común a todos los hombres. Pero, para alcanzarlas, es necesario amar, adherirse, es decir, implicar nuestra libertad, y a veces queremos ahorrarnos esto –lo sabemos bien–; es una tentación que siempre está al acecho. Escribe Luisa Muraro: «Nosotros siempre tenemos ganas de entregar la responsabilidad de nuestra vida a alguien; con facilidad buscamos alguien a quien decir: “Ocúpate tú de mi vida, por favor”»⁵³. Y os aseguro que siempre habrá un “alma caritativa” dispuesta a ocuparse de ella...

Si alguno de vosotros quiere buscar a alguien que le ahorre la libertad –llámese director espiritual, responsable o amigo, es igual–, debe tener claro que así no alcanzará la felicidad, que las cosas nunca llegarán a ser suyas, porque yo no puedo llegar al cumplimiento de mi vida más que a través de mi libertad, pues de otro modo jamás será mío. Y si yo no comprendo esto –cosa que sucede por desgracia en muchas ocasiones–, trataré siempre de descargar el drama de mi libertad en otra persona. Es el mismo drama del que quiere descargarnos el Gran Inquisidor de la famosa Leyenda de Dostoievski, que reprocha a Cristo haber dado a los hombres el don de la libertad. Resulta impresionante volver a leerlo: «En vez de apoderarte de la libertad humana, la multiplicaste, y gravaste así, con los tormentos que provoca, el reino anímico de los hombres por los siglos de los siglos. Quisiste que el amor del hombre fuera libre para que el hombre te siguiera por sí mismo, encantado y cautivado por ti. En lugar de la firme y antigua ley, el hombre, de corazón libre, tenía que decidir en adelante dónde estaba el bien y dónde estaba el mal, sin tener otra cosa, para guiarse, que tu imagen ante los ojos. Pero, ¿es posible que no pensaras en que al fin el hombre te rechazaría y que discutiría incluso tu imagen y tu verdad, si le iban a oprimir con una carga tan espantosa como es la libertad de elección?»⁵⁴. Éste es el peso que el Gran Inquisidor, todo Gran Inquisidor, quiere ahorrarnos. Su programa será aligerar al hombre de ese peso insoportable sustituyendo la libertad por la autoridad. La humanidad se verá así reducida a un rebaño feliz, y la felicidad se pagará al precio de la libertad. ¡Pero una felicidad así nunca será mía!

52 Platón, *El banquete*, 204e-205a.

53 L. Muraro y A. Sbrogiò, (a cura di), *Il posto vuoto di Dio*, Marietti, Milano 2006, p. 25.

54 F.M. Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*, Cátedra, Madrid 2001, pp. 410-411.

A veces nos liberamos de este peso y de la responsabilidad que nos fastidia echando la culpa a lo que hay a nuestro alrededor (a las circunstancias, a los demás, a la compañía, a la Fraternidad, a vaya usted a saber quién), pero es inútil, porque –siempre me ha llamado la atención esta frase de don Giussani– «ningún hecho humano puede atribuirse en su totalidad a meras circunstancias exteriores, ya que la libertad del hombre, aún debilitada [por el pecado original], sigue siendo un signo indeleble de la criatura de Dios»⁵⁵. Es verdaderamente conmovedora esta afirmación del hombre sin reducirlo a ningún factor antecedente de tipo biológico, psicológico, sociológico o de cualquier otra naturaleza. La libertad del hombre, aunque esté debilitada, sigue siendo un signo indeleble de la criatura de Dios: ¡aquí radica nuestra dignidad de hombres! «Sólo a través de mi libertad es como el destino, el fin, el propósito, el objeto último, puede llegar a constituir una respuesta para mí [hasta el punto de que si yo no me arriesgo a verificar lo que he encontrado a través de mi libertad, no podré ver si constituye una respuesta para mí, no podré palpar, hacer experiencia de que es una respuesta para mí; y sin tener esa experiencia directa, nunca será mío lo que se me propone, se quedará como algo externo a mí: no es que lo ponga en discusión, no es que no lo crea, simplemente no será mío]. No sería humana la plenitud del hombre, no habría plenitud del ser humano, si éste no fuese libre»⁵⁶. Una vez más, tenemos todos los datos que nos permiten comprender cuándo está presente lo humano y cuándo falta.

«Ahora bien, si alcanzar el destino, la plena realización, debe ser libre, la libertad también debe “ponerse en juego” para *descubrirlo*. Pues tampoco el descubrimiento del destino, del significado último, sería mío si fuera automático». No debemos dar por descontada esta observación de don Giussani, porque nosotros pensamos habitualmente que la libertad sólo tiene que ver con la respuesta una vez que he conocido, y no también con el descubrimiento. «El destino es algo ante lo que el hombre es responsable; el modo que el hombre tenga para alcanzar su destino es responsabilidad suya, es fruto de su libertad. La libertad, por tanto, no sólo tiene que ver con el ir hacia Dios por coherencia de vida, sino también con el mismo descubrimiento de Dios»⁵⁷. Es decir: pensamos que la libertad entra en juego sólo después de que la razón ha descubierto a Dios, no en su descubrimiento, no en su mismo

55 L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 51.

56 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 175.

57 *Ibidem.*

conocimiento, sino sólo a la hora de ser coherentes con Aquel que hemos conocido. Sin embargo –¡esto es algo decisivo!– no existe conocimiento si no entran en juego simultáneamente la razón y la libertad. Y al igual que querríamos alcanzar el destino sin la libertad, querríamos también un conocimiento que no tuviese necesidad de implicar la libertad.

En este aspecto, somos plenamente modernos. La modernidad persigue un conocimiento tan indiscutible que cree que sólo es posible obtenerlo si deja fuera la libertad. De este modo, también se produce en el conocimiento una fractura entre razón y libertad: los “modernos” no consiguen unir razón y libertad. También nosotros pensamos muchas veces que, si entra en juego la libertad, no puede haber certeza en el conocimiento. Pensamos que, para ser digno de confianza, el conocimiento debe verse libre del influjo de la libertad. Nos hacemos la ilusión de que podemos conocer sin implicarnos, estableciendo una distancia, convirtiéndonos en jueces de todo. «Y si la actitud hacia la realidad condiciona su conocimiento y hasta relativamente su presencia efectiva es porque la libertad humana se manifiesta en esto como en todo [...] pudiendo hacer decir no, o sí, frente a ella»⁵⁸. El mismo Gregorio de Nisa decía que si el hombre «abdica de su libre albedrío, con él pierde también la gracia de la inteligencia»⁵⁹. Es lo que siempre hemos aprendido de don Giussani: «Hay muchos científicos que, al profundizar en su propia experiencia como científicos, han descubierto a Dios; y también muchos científicos que han creído poder eludir o eliminar a Dios con su experiencia científica. Hay muchos literatos que, mediante una percepción profunda de la existencia del hombre, han descubierto a Dios; y también muchos literatos que, por su atención a la experiencia humana, han eludido o eliminado a Dios. Hay muchos filósofos que han llegado a Dios a través de su reflexión; y muchos otros filósofos que a través de su reflexión han excluido a Dios. Esto quiere decir, entonces, que reconocer a Dios no es un problema de ciencia, ni de sensibilidad estética, ni siquiera de filosofía en cuanto tal. Es un problema de libertad. Lo reconocía así uno de los más conocidos neo-marxistas, Althusser, cuando decía que entre existencia de Dios y marxismo el problema no es de razón, sino de opción»⁶⁰. Si la libertad no entra en juego, no existe conocimiento, porque –como afirma Berdiaev– «el conocimiento no es un proceso meramente intelectual; participan en él todas las energías del

58 M. Zambrano, *Filosofía y educación. Manuscritos*. Ágora, Málaga 2007, p. 147.

59 Gregorio de Nisa, *La gran catequesis*, XXXI, 1. Ciudad Nueva, Madrid 1994², pp. 130-131.

60 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 175.

hombre, la elección voluntaria, la atracción y la repulsión con respecto a la verdad»⁶¹.

Don Giussani nos muestra nuevamente su grandeza al no censurar ningún aspecto, ningún factor constitutivo del “yo” –razón y libertad–, al afirmar uno y otro sin excluirlos mutuamente, al tratar de comprender el nexo entre los dos, pues, si eliminamos cualquiera de los dos, ¡ya no existe conocimiento!

Pero cuanto hemos dicho hasta ahora pone de manifiesto un problema que debemos afrontar: si la cuestión no es únicamente de razón, sino de opción, ¿es igualmente verdadera cualquier opción de la libertad? ¿Estamos ante una pura arbitrariedad? ¿Es igualmente razonable cualquier opción? ¿Es necesario olvidar o eliminar todo lo que hemos dicho hasta ahora sobre la razón?

Aquí emerge con fuerza la cuestión de la relación entre la libertad y la razón en el conocimiento. Para explicarme voy a usar un ejemplo banal que utilizaba con mis estudiantes de bachillerato en España. Imaginad a dos personas que observan cómo un chico le regala su novia un objeto que ha comprado en un “Todo a cien” y que le ha costado un euro. Le dice uno al otro: «Pero, ¡qué rácano! ¡Sólo se ha gastado un euro! ¿Y eso es todo lo que la quiere?». El otro espectador le responde: «No entiendes nada. A través de ese objeto, aunque valga un euro, aquí está sucediendo algo más: le está diciendo que la quiere. El precio no es determinante». Pero el otro insiste: «¡Venga ya! Los dos le hemos visto cuando compraba el regalo en el “Todo a cien”, valía un euro. Eso es lo que cuenta, lo demás son elucubraciones tuyas». ¿Qué opción de las dos tiene más en cuenta todos los factores que se manifiestan en ese gesto? ¿Lo capta mejor el que dice: «Un euro» (que es verdad), o el que, incluso reconociendo la pobreza del regalo, descubre que allí sucede algo más? ¿Veis cómo la libertad se pone en juego en el descubrimiento? ¿Os dais cuenta de que se trata de una opción? Pero si preguntásemos directamente a los novios cuál de las dos interpretaciones expresa mejor lo que está sucediendo entre ellos, ¿reconocerían como equivalentes las dos interpretaciones de los espectadores, o hay una que expresa verdaderamente lo que está sucediendo entre ellos? Es un problema de opción, es verdad: pero una opción es razonable y la otra es irracional, una es extraña a la naturaleza de lo que está sucediendo y la otra lo explica de forma exhaustiva. Si no acepto abrir la razón hasta comprender el significado de los hechos, mi opción va contra la evidencia de lo que sucede, y no puedo comprenderlo

61 N. Berdjaev, *Regno dello Spirito e Regno di Cesare*, Ed. di Comunità, Milano 1954, p. 10.

(no todas las interpretaciones explican las cosas de forma verdadera). El movimiento de la libertad no se produce sólo después, sino que está presente ya desde el inicio.

Es lo mismo que dice don Giussani con respecto al ejemplo de la penumbra: «Si vosotros os encontráis en una zona de penumbra y os ponéis de espaldas a la luz, excluiréis: “No hay nada, todo es oscuridad, insentido”. En cambio, si os ponéis de espaldas a la oscuridad, diréis: “El mundo es el vestíbulo de la luz, el comienzo de la luz”. Esta diversidad de posturas procede exclusivamente de una opción. Sin embargo, eso no agota la cuestión. Pues, en efecto, entre las dos posturas –la de quien dice, vuelto de espaldas a la luz, “Todo es oscuro”, y la de quien, vuelto de espaldas a la oscuridad, dice “Estamos en el umbral de la luz”– una tiene razón y la otra no. Una de las dos elimina un factor cierto, aunque esté solamente apuntado, porque si hay penumbra, evidentemente hay luz»⁶². Existe una opción que es según la naturaleza, y ella evidencia la razón; y existe una opción que va contra la naturaleza, y oscurece la razón. La opción es decisiva.

Esta dinámica que se produce ante toda la realidad, se produce con mayor razón ante el acontecimiento cristiano que, por la imponencia de su excepcionalidad, desafía la libertad todavía más. «Jesús estaba echando un demonio que era mudo, y apenas salió el demonio habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: “Si echa los demonios es por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios”. Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo en el cielo. Él, leyendo sus pensamientos, les dijo: “Todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú; y vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros»⁶³. ¡Es la misma dinámica, ante el regalo y ante los signos que Dios hace suceder entre nosotros! Todos sabemos que esto no es sólo algo del pasado, sino que está sucediendo hoy, ahora, ante los mismos signos que hace el Misterio en medio de nosotros: hay unos que les dan la explicación “x” y otros que les dan la explicación “y”. Pero, sea cual sea la explicación, Jesús echaba los demonios; sea cual sea la interpretación, el problema es que no habría discusión si no existieran los milagros que

62 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 175-176.

63 Lc 11,14-20.

Jesús hace. Por eso no vale cualquier interpretación, sólo sirve aquella que da cuenta de este hecho de forma exhaustiva. En el *Evangelio de Juan*, Jesús les reprende abiertamente: «Si no hubiera hecho entre ellos obras que no ha hecho ningún otro, no tendrían pecado; pero ahora las han visto, y nos odian a mí y a mi Padre. Pero es para que se cumpla lo que está escrito en su Ley: *Me han odiado sin motivo*»⁶⁴. Es decir, han realizado una opción que va contra la razón, porque han visto los signos y no Le han reconocido. ¿Comprendéis hasta qué punto se juega ahora el drama de la libertad?

Llegados a este punto, don Giussani hace una afirmación genial, que casi nos resistimos a creer: «El hombre, en efecto, afirma con su libertad lo que ya ha decidido de antemano desde un recóndito punto de partida»⁶⁵. Es decir, ha decidido el partido antes de empezar a jugarlo; luego pueden suceder todos los signos que queramos, pero yo he decidido no dejarme tocar por ellos. Cuando leí esta frase por primera vez, pensé: ¡esto es demasiado! Hasta que un día que daba clase me encontré con esta afirmación en carne y hueso. Me disponía a leer los Evangelios, y había escrito en la pizarra la palabra “Evangelios”; me di la vuelta y un alumno me dijo: «Pero no pensará usted que los Evangelios puedan darnos un conocimiento acerca de Jesús: fueron escritos por cristianos, ¡imagínese que tipo de conocimiento objetivo nos pueden dar!». Entonces le pregunté: «En tu opinión, entonces, la posición más adecuada, el punto de partida con respecto a la realidad, ¿es la sospecha?». «Por supuesto, es algo evidente; no me tomará por un tonto...». «Entonces, según lo que dices, cuando esta mañana tu madre te ha puesto delante la taza con el café para desayunar, habrás dicho: “No beberé este café hasta que no lo analice químicamente para asegurarme que no contiene veneno”». Entonces recuerdo la reacción del chico que, con cara de gran enfado, levantó la mano y dijo: «¡Yo vivo con mi madre desde hace dieciséis años». «¡Ah! Entonces no siempre es razonable partir de la sospecha. ¿Cuál es la diferencia entre la forma con la que has reaccionado ante la palabra “Evangelios” y la forma en que lo has hecho ante la taza de café de tu madre esta mañana?». Pero lo que más me impresionó fue la segunda parte del episodio. Porque quince días después –cuando ya no se acordaba de lo que había sucedido– estaba leyendo en clase una página del Evangelio, para exponer ante todos la experiencia que habían vivido los discípulos

64 *Jn* 15,24-25.

65 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 176.

después de pasar un día con Jesús: Jesús va a la sinagoga y se pone a enseñar, y están todos asombrados porque les enseña como quien tiene autoridad, y no como los escribas; después cura a un hombre poseído por un espíritu inmundo; luego va a casa de Pedro y cura a su suegra; por la tarde, cura en la ciudad a muchos que estaban afectados por diversas enfermedades; y al día siguiente, se levanta temprano y se va a rezar. Yo terminaba invitando a mis estudiantes a imaginarse lo que habrían experimentado las personas que seguían a Jesús durante días, semanas y meses, viviendo con Él días como aquél. Pregunté: «si hubierais estado allí, ¿qué habríais experimentado?». El primero en responder fue el chico del que he hablado antes. ¿Sabéis lo que me dijo? «Yo estaría atento para no dejarme embaucar». Entonces le dije: «¿Te das cuenta de que hace dos semanas dijiste lo mismo?». No se había dado cuenta, se quedó blanco como la pared. Aquel chico vivía sospechando de todo; ante cualquier hecho, brotaba de nuevo la sospecha con la que se relacionaba con la realidad. Había decidido con anterioridad desde un punto de partida recóndito. Por eso tiene razón don Giussani cuando afirma: «La libertad no se demuestra tanto en el momento llamativo de la elección; la libertad se pone en juego más bien en el primer y sutilísimo amanecer del impacto de la conciencia humana con el mundo [es decir, en el impacto con la realidad]»⁶⁶.

Por eso me impresionó tanto, desde que la oí por primera vez, esta historia de Elsa Morante: «Había una vez un soldado de las SS que, por los delitos horrendos que había cometido, era llevado al patíbulo al alba. Le quedaban todavía por recorrer unos cincuenta pasos hasta el lugar de la ejecución, en el mismo patio de la cárcel. En ese recorrido, su mirada se posó por casualidad en el muro agrietado del patio, donde había brotado una de aquellas flores sembradas por el viento, que nacen donde pueden y diríase que se alimentan de aire y de polvo. Era una florecilla miserable, compuesta de cuatro pétalos violetas y de un par de hojitas pálidas; pero con aquella primera luz del alba, el soldado vio en ella, con su esplendor, toda la belleza y la felicidad del universo, y pensó: “Si pudiese volver atrás y detener el tiempo estaría dispuesto a pasarme toda mi vida adorando esa florecilla”. Entonces, como desdoblándose, escuchó dentro de sí su propia voz, pero llena de gozo, limpia, y sin embargo lejana, venida de quién sabe dónde, que le gritaba: “En verdad te digo: por este último pensamiento que has tenido al borde de la muerte, serás salvado del infierno”. Contar todo esto me ha llevado

66 *Ibidem*.

un cierto tiempo, pero allí duró medio segundo. Entre el soldado de las SS que pasaba por en medio de los vigilantes y la flor que se asomaba al muro había todavía más o menos la misma distancia inicial, apenas un paso. “¡No! –gritó para sí el soldado, dándose la vuelta con furia– ¡No voy a volver a caer en ciertos trucos!”, y, como tenía las manos atadas, arrancó aquella flor con los dientes, la arrojó al suelo, la pisoteó y escupió sobre ella»⁶⁷.

En el primer y sutilísimo amanecer, en un instante, se juega este drama: «He aquí la alternativa en que el hombre *casi* insensiblemente se la juega: o caminas por la realidad abierto a ella de par en par, con los ojos asombrados de un niño, lealmente, llamando al pan, pan, y al vino, vino, y abrazas entonces toda su presencia [la presencia de la realidad tal como te viene dada] acogiendo también su sentido; o te pones ante la realidad en una actitud defensiva, con el brazo delante del rostro para evitar golpes desagradables o inesperados, llamando a la realidad ante el tribunal de tu parecer, y entonces sólo buscas y admites de ella lo que está en consonancia contigo, estás potencialmente lleno de objeciones contra ella, y demasiado resabiado como para aceptar sus evidencias [no lo que no está claro, sino las evidencias] y sugerencias más gratuitas y sorprendentes [cuando vemos que sucede en nosotros resulta verdaderamente patético: gente que insiste en que no hay hechos, simplemente porque no está disponible a reconocerlos, no porque no existan]. Ésta es la opción profunda que nosotros realizamos cotidianamente ante la lluvia y el sol, ante nuestro padre y nuestra madre, ante la bandeja del desayuno, ante el autobús y la gente que hay en él, ante los compañeros de trabajo, los textos de clase, los profesores, el amigo, la amiga... [cada uno puede añadir lo que quiera]. Esta decisión que he descrito la tomamos de hecho ante toda la realidad, ante cualquier cosa. En esta decisión está claro dónde está la racionalidad, lo enteramente humano [¡lo plenamente humano!]: en la postura del que está abierto y llama al pan, pan, y al vino, vino. Éste es el *pobre* de espíritu, aquel que no tiene nada que defender ante la realidad»⁶⁸.

Es impresionante leer estos capítulos de *El sentido religioso* desde nuestra actitud ante los hechos, las personas y los testigos que el Señor nos da. Y si esto es tan decisivo para ser regenerados, entonces –teniendo en cuenta que no lo podemos hacer por nosotros mismos, sino a través de lo que Otro hace en el presente, en las “cosas de la tierra”–, si nosotros

67 E. Morante, *La Storia*, Einaudi, Torino 1974, pp. 604-605.

68 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 176-177.

no estamos disponibles, nunca podremos nacer de nuevo; no porque no pueda suceder, sino porque nosotros no estamos disponibles, porque falta lo humano (porque ser íntegramente humanos es tener una actitud de apertura).

Prosigue don Giussani: «Si tú eres “moral”, esto es, si estás en la actitud original con la que Dios te ha creado, en una actitud abierta a lo real, entonces entenderás, o al menos buscarás, preguntarás. Si, por el contrario, no estás ya en esa postura original, si estás alterado [aquí tenemos de nuevo la falta de lo humano], falseado, bloqueado por el prejuicio, entonces eres “inmoral” y no podrás entender [la consecuencia no es que vayas al infierno o seas incoherente, no: ¡es que no puedes comprender!]. Éste es el carácter dramático supremo que tiene la vida del hombre»⁶⁹. En esta actitud ante la realidad se juega todo, porque como nosotros no podemos despertarnos a nosotros mismos ni regenerarnos, y debemos aceptar ser generados por Otro, todo depende de nuestra capacidad de estar abiertos de par en par ante esto. En caso contrario, aplicamos la medida positivista como todos, y no conseguimos ver la realidad de forma adecuada.

2. La educación en la libertad

Por todo lo dicho, se entiende lo decisiva que es la educación de la libertad. Don Giussani insistía mucho en esto: «El problema fundamental de esta gran aventura que es el mundo como “signo”, [...] es una educación para la libertad. Y puesto que la realidad remite al hombre a otra cosa distinta, educación para ser libres quiere decir educación para ser responsables. Responsabilidad deriva de “responder”. La educación en la responsabilidad es una educación para responder a aquello que nos llama»⁷⁰. ¿Y cómo nos llama? Lo hemos dicho esta mañana: a través del método del “signo”, que es algo que está presente en la realidad, a través de lo cual el ser nos llama a responder.

Esta educación en la libertad tiene dos factores.

a) Educación en la atención

«Ante todo, la educación en la responsabilidad implica una educación en la *atención*. Ésta, en efecto, no es fácil; no es automático para nuestra

⁶⁹ *Ibidem*, p. 177.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 181.

libertad, incluso cuando está comprometida, prestar atención [porque la atención es una tensión, un esfuerzo, una fuente de fatiga: por eso no debemos darla por descontada]. Es el prejuicio, sea cual sea su origen [aquí don Giussani nos ofrece una gran ayuda: cada uno puede reconocerse en alguna de estas categorías], lo que impide la atención: hace que prevalezca en nosotros el interés, y por tanto la distracción; que se afirmen ideas preconcebidas, y que por ello no se tome en consideración ningún mensaje nuevo; concentra la sensibilidad únicamente en lo que nos apetece, y por eso acrecienta la insensibilidad hacia los matices y los detalles de cualquier propuesta que se nos hace; fomenta la tendencia a resumir con torpeza, torpeza, imprecisión y superficialidad, cosa que llega a ser un delito cuando se trata de un problema grave»⁷¹. En todas estas posibilidades se verifica la falta de lo humano, porque ser integralmente humanos es estar abiertos a la totalidad. Por eso insiste y subraya la importancia de la totalidad. Cada uno puede verificar cómo se sitúa ante los signos que el Señor hace suceder ante nosotros. ¿Cómo podemos seguir diciendo que, en el fondo, toda la excepcionalidad que vemos puede encontrar otra explicación que no sea la presencia de Cristo? ¿Cómo es posible que sigamos diciendo que Su nombre es un añadido? Esto sólo puede darse por una falta de atención o porque no estamos disponibles para aceptarlo.

b) Educación en la aceptación

Por eso, don Giussani indica un segundo factor, que es la «educación de la capacidad de *aceptación*. [...] Educar en una atención y una aceptación [...] es una pedagogía que tiende a abrir puertas quizá cerradas prematuramente [...]. [Por eso] asegura esa actitud profunda con la que debemos afrontar la realidad: abiertos de par en par, libres y sin la presunción de llamar a la realidad ante nuestro propio veredicto como jueces, es decir, sin juzgar la realidad basándonos en el prejuicio. Por consiguiente, una educación de la libertad, para que esté atenta, o sea, para que se abra conscientemente a la totalidad de los factores en juego, y para que sepa aceptar, es decir, para que abrace con franqueza lo que se presenta delante de nuestros ojos, es la cuestión fundamental para poder seguir en la vida un camino humano»⁷². Porque, si no nos educamos en la atención y en la aceptación de algo que viene desde fuera, terminaremos sucumbiendo.

⁷¹ *Ibidem*, pp. 181-182.

⁷² *Ibidem*, p. 182.

Por tanto, aquel que sigue lo que el Señor hace suceder ante nosotros, florece; y aquel no se deja generar por lo que acontece, se marchita. Debemos entrenarnos en esta actitud justa ante la realidad, en esa posición original con la que el Misterio nos ha dotado. Y esta educación –nos lo ha recordado siempre don Giussani–, no es algo espontáneo: es necesario comprometerse, llevar a cabo un trabajo.

Entonces, la verdadera cuestión es: ¿cómo se educa la libertad? Se educa respondiendo a la provocación de la realidad: si la realidad provoca, la educación de la libertad debe ser educación para responder a la provocación. Es sencillo: «Es una educación para tener “hambre y sed” lo que nos hace estar atentos a las numerosas solicitaciones que constantemente nacen de la confrontación con la totalidad de lo real. [...] Bienaventurados los que tienen hambre y sed [una humanidad que tenga hambre y sed es una bendición: una vida así es una bendición, porque me hace capaz de abrazar toda la realidad]. Por el contrario, malditos los que no tienen hambre y sed, los que saben ya todo, los que no esperan nada. Malditos los satisfechos para quienes la realidad es, como mucho, puro pretexto para su agitación y no esperan de ella nada verdaderamente nuevo [ésta es la maldición]»⁷³. Si todavía decimos que no comprendemos qué quiere decir la falta de lo humano, escuchad lo que dice Giussani; es la descripción más impresionante que he encontrado: «Todos los “pero, si, sin embargo, quizá...” con los que se intenta poner en duda el carácter positivo que tiene el proceso de relación “yo”-realidad, son simple obstrucción, cortina de humo para proteger la retirada del hombre del compromiso con la realidad misma»⁷⁴. No se trata de un reproche, sino de la posibilidad de disponer de todos los elementos para comprender en qué consiste el trabajo que nos propone don Giussani, si queremos verdaderamente ser hijos suyos, y no terminar retirándonos como hacen todos.

3. La condición de la libertad

«¿En qué reside la verdadera dificultad para que el hombre lea ese nombre misterioso que le sugiere y señala la llamada que le llega de todo lo real? ¿Dónde está la verdadera dificultad para reconocer la existencia de Dios, la existencia del misterio, el significado que sobrepasa al

⁷³ *Ibidem*, p. 183.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 185.

hombre?»⁷⁵. La verdadera dificultad radica en lo que don Giussani llama la experiencia del riesgo; un riesgo que él siempre identificó en aquella experiencia que vivió cuando era niño, mientras hacía una cordada en la montaña. Tenía que dar un salto de menos de un metro por encima de un barranco, pero estaba espantado y se agarró, presa del pánico, a un saliente de la roca, vencido por el miedo. «Yo comprendí bien este concepto al recordar una vez, a muchos años de distancia, un episodio de mi niñez. Siempre estaba pidiendo que me dejaran subir una montaña en cordada y siempre se me respondía: “Eres demasiado pequeño”. Un día me dijeron: “Si apruebas el curso en junio harás tu primera cordada”. Y así sucedió. Primero iba el guía, después iba yo y detrás dos hombres. Habíamos recorrido la mitad del camino cuando vi que el guía daba un pequeño salto. Yo, que estaba a tres o cuatro metros de distancia, sujetando la cuerda con mano nerviosa, oigo que me dice el guía: “¡Ánimo, salta!” Estaba justo al borde de una repisa; a casi un metro había otra repisa, pero estaba separada por un profundo barranco. Me di la vuelta de golpe, y me agarré de tal manera a una prominencia de la roca que tres hombres no fueron capaces de moverme. Recuerdo que me decían: “¡No tengas miedo, que estamos nosotros!”. Y yo me decía a mí mismo: “Pero eres un estúpido, si te llevan ellos”; me lo decía a mí mismo, pero no conseguía separarme de mi improvisado apoyo. Este pánico excepcional me hizo entender, muchos años después, lo que es la experiencia del riesgo. Lo que me bloqueó no fue la ausencia de razones; pero las razones estaban como escritas en el aire, no me tocaban a mí. Es análogo a cuando las personas dicen: “Tiene usted razón, pero yo no estoy convencido”. Es un hiato, un abismo, un vacío que se produce entre la intuición de la verdad, del ser, que nos brinda la razón, y la voluntad: una disociación de la razón, que es percepción del ser, con la voluntad, que es afectividad, energía de adhesión al ser (el cristianismo señalaría esta experiencia como la herida producida por el “pecado original”). Uno ve las razones, pero no se mueve. No se mueve porque le falta la energía para ser coherente: coherente no en el sentido ético de tener un comportamiento consecuente, sino en el sentido teórico de adherirse intelectualmente a la verdad que las razones permiten entrever»⁷⁶. Allí empezó Giussani a comprender cuál era la verdadera dificultad: «¿Cómo podría haber sido capaz de separar mis brazos de aquel saliente de la roca? Sólo con una enorme fuerza

⁷⁵ *Ibidem*.

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 186-187.

de voluntad. Pero no tenía esa fuerza de voluntad. Además la solución no está en ello [...]. He aquí [por tanto] la verdadera experiencia del riesgo: un miedo de afirmar el ser, miedo extraño porque es extraño a la naturaleza, es contradictorio con nuestra naturaleza»⁷⁷. La disociación entre la razón y la voluntad, consecuencia del pecado original, provoca esta falta de energía. Hans Urs von Balthasar lo llama así: *Manko an Gnade*. «La decisión de un individuo singular contra Dios, y no de uno cualquiera, sino del fundador de la familia humana, ha hundido a toda ella, no propiamente en un pecado personal, sino en un déficit de gracia [*Manko an Gnade*] (con todas sus consecuencias para la constitución de la naturaleza)»⁷⁸. Un déficit de gracia, una falta de energía para adherirse, como si yo tomase en mi mano una botella y ésta cayese al suelo porque no tengo energía para sujetarla.

Si la energía no se puede recuperar a través del esfuerzo de la voluntad, ¿cuál es el remedio? «Hay en la naturaleza un método que consigue proporcionar a nuestra libertad la energía que nos permite atravesar y superar el miedo que nos produce el riesgo. Para superar el abismo de los “pero”, “sí”, “sin embargo”, el método que usa la naturaleza es el fenómeno *comunitario*. Un niño corre por el pasillo, abre de par en par con sus manitas las puertas siempre entornadas de una habitación oscura; asustado, sale corriendo. La mamá se adelanta, lo toma de la mano, y con su mano en la mano de su madre el niño va a cualquier habitación oscura de este mundo. Únicamente la dimensión comunitaria permite al hombre ser suficientemente capaz de superar la experiencia del riesgo»⁷⁹.

Pero no sirve cualquier compañía, como demuestra el mismo ejemplo de don Giussani. Hace falta una presencia que pueda vencer, por su atractivo, la fractura entre razón y afecto, y que me haga compañía incluso dentro de la oscuridad, una presencia que me vincule a ella misma. Porque, cuando las cosas se ponen crudas –como les pasó a los Apóstoles durante la Pasión: todos Le abandonaron, ni siquiera Su presencia pudo evitarlo–, hace falta una fuerza más potente. «Se llama Cristo resucitado, y su Espíritu domina el mundo, entrando en él, sobre todo a través de los llamados –Pentecostés–, y extendiéndose progresivamente por el mundo. Con la Ascensión al cielo, Cristo llega a la raíz de cada cosa, y todas le pertenecen; y las cosas no se dan cuenta

77 *Ibidem*, p. 187-188.

78 H.U. von Balthasar, *Teodramática/4. La acción*, Encuentro, Madrid 1995, p. 168.

79 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 188.

de que son aferradas, pero hay una mano que las sustenta, por la cual se sienten socorridas y aclaradas en el momento oportuno: se llama gracia de Cristo. La gracia. Sólo ella cumple, en un momento dado, lo que la compañía no llega a cumplir y lo que el gran hombre no ha podido cumplir»⁸⁰. Hacía falta la potencia del Espíritu, como explica san Pablo: «Nadie puede decir “Jesús es Señor”, si no es bajo la acción del Espíritu Santo»⁸¹. De nuevo, como hemos visto esta mañana, sólo la gracia del Espíritu es capaz de vencer la fractura entre razón y afecto para hacernos renacer de nuevo. Por eso, lo primero que debemos hacer es pedir esta gracia: *Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*.

¿Cómo actúa el Espíritu? Actúa en un lugar privilegiado –se llama “carisma”–, en donde podemos ser educados para vencer esta fractura, si aceptamos seguir y acoger la gracia que el Espíritu Santo ha dado a don Giussani. En efecto, «la dimensión comunitaria no representa una sustitución de la libertad [...], sino la condición para que ésta se afirme»⁸². Con esta compañía, generada constantemente por la fuerza del Espíritu, podemos arriesgar en la aventura de la vida, estando a la altura de nuestra estatura de hombres. Debemos suplicar esta gracia, debemos acercarnos, como pobres que somos, a comer de ese pan que se llama Eucaristía; no somos visionarios, sabemos perfectamente que necesitamos, como mendigos, ponernos en la cola y, cojeando, ir a recibir ese alimento sin el cual no podemos hacer nada (es inútil fingir, haciéndonos la ilusión de lo contrario). De igual manera, debemos ir a mendigar y a recibir la gracia del perdón en el sacramento de la penitencia, para volver a emprender el camino cada vez que caemos.

La verdadera cuestión es si hay una compañía capaz de acompañarnos en todas las situaciones. Desde este punto de vista –no me puedo entretener con esto–, es impresionante la relectura que hace don Giussani del mito de Ulises: «Imaginemos a este hombre con todos los marineros que van en su barco de Ítaca a Libia, de Libia a Sicilia, de Sicilia a Cerdeña, de Cerdeña a las Baleares: ha medido y controlado todo el Mare Nostrum; lo ha recorrido todo él a lo largo y a lo ancho. El hombre, Ulises, es medida de todas las cosas. Pero, cuando llega a las columnas de Hércules, se encuentra con la convicción común de que la sabiduría, es decir, la medida segura de todo lo real, ya no es posible. Más allá de

80 L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, BUR, Milano 1996, p. 106.

81 *1Cor* 12,3.

82 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 188.

las columnas de Hércules no hay nada seguro, sólo el vacío y la locura. Al igual que quien iba más allá de éstas era un fantasioso que no tenía ya certeza alguna, hoy se piensa que más allá de lo experimentable, entendido esto en sentido positivista, sólo hay fantasía o, en cualquier caso, imposibilidad de tener seguridad. Pero él, Ulises, precisamente a causa de la “altura” con que había recorrido el “mare nostrum”, al llegar a las columnas de Hércules sintió que aquello no era el fin, que más bien era como si su verdadera naturaleza se desplegara a partir de aquel momento. Y entonces quebrantó la sabiduría y se marchó. No se equivocó porque fuera más allá: ir más allá estaba en su naturaleza humana, pues, al decidirlo, es cuando se sintió verdaderamente hombre. Ésta es precisamente la lucha entre lo humano –es decir, el sentido religioso– y lo inhumano –es decir, la postura positivista de toda la mentalidad moderna–. Ésta última diría: “Hijo mío, lo único seguro es lo que tú puedes constatar y medir científicamente, experimentalmente; más allá de esto sólo hay fantasía inútil, locura, afirmación quimérica”. Pero más allá de este “mare nostrum” que podemos poseer, controlar y medir, ¿qué es lo que hay? El océano del significado. Uno comienza a sentirse hombre cuando traspasa estas columnas de Hércules, cuando supera ese límite extremo que impone la falsa sabiduría, con su seguridad opresiva, y se interna en el enigma del significado. La realidad, en su impacto con el corazón humano, produce la misma dinámica que las columnas de Hércules produjeron en el corazón de Ulises y de sus compañeros, con los rostros tensos por el deseo de alcanzar otra cosa distinta. Para aquellos rostros ansiosos y aquellos corazones llenos de pasión, las columnas de Hércules no representaban un límite, sino una invitación, un signo, algo que invitaba a ir más allá de sí mismo»⁸³. ¿Quién puede arriesgarse más allá de las columnas, quién puede entrar verdaderamente en la oscuridad, quién puede acompañarnos en el momento de la dificultad? Sólo quien vive la vida a la altura de esta dignidad humana: «Ésta es la grandeza que tiene el hombre en la revelación judeo-cristiana. La vida, el hombre, es lucha, es decir, tensión, relación –“en la oscuridad”– con el más allá; una lucha sin ver el rostro del otro»⁸⁴.

En este nivel de profundidad del drama, no sirve cualquiera como compañero de camino, porque «lo que permite afrontar la aventura del más acá es precisamente la relación con el más allá; en caso contrario,

83 *Ibidem*, pp. 193-194.

84 *Ibidem*, p. 194.

se adueña de nosotros el aburrimiento, origen de la presunción evasiva e ilusoria o de la desesperación aniquiladora»⁸⁵.

Entonces, la verdadera cuestión, amigos, es si queremos ser gente “organizada” o gente que quiere participar en esta aventura; si nos “fabricamos” nuestro Mediterráneo o si nos dejamos desafiar por las columnas de Hércules. Sólo si está viva esta tensión al más allá, resultará soportable el más acá. La alternativa no es vivir más cómodos, sino más aburridos, más desesperados, más ahogados. Seremos amigos de verdad si nos dejamos desafiar por las columnas de Hércules, por ese Más Allá. Pero muchos dicen que es una locura ir más allá...

Nosotros podemos aventurarnos más allá de las columnas de Hércules sin estar locos, porque el Más Allá se ha convertido en compañero de camino, como nos testimonia san Pablo: «No es que ya haya conseguido el premio, o que ya esté en la meta: yo sigo corriendo. Y aunque poseo el premio, porque Cristo Jesús me lo ha entregado, hermanos, yo a mí mismo me considero como si aún no hubiera conseguido el premio. Sólo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para ganar el premio, al que Dios desde arriba llama en Cristo Jesús»⁸⁶. Si nuestra Fraternidad no está hecha de hombres –todo lo renqueantes que queráis, porque no es un problema de coherencia– con el rostro tenso por el deseo de Otro y con los corazones llenos de pasión por Cristo, entonces no sólo traicionaremos el carisma, sino que, con el tiempo, dejará de interesarnos. Pidamos a la Virgen y a don Giussani que nos ayuden a ser personas a la altura de la verdadera estatura humana.

85 *Ibidem*, p. 192.

86 *Flp* 3,12-14.

Domingo 25 de abril, mañana

A la entrada y a la salida:

Franz Schubert, Trío con piano n. 2, op. 100, D 929

Eugene Istomin, piano – Isaac Stern, violín – Leonard Rose, violonchelo

“Spirto Gentil” n. 14, Sony

Don Pino. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed»

Angelus

Laudes

■ ASAMBLEA

Davide Prosperi. Hemos recibido numerosísimas preguntas, y quería hacer dos observaciones sobre ellas. La primera es un juicio positivo, porque se empieza a ver, se ve el fruto del trabajo de este año en la capacidad de poner en juego la experiencia personal a la luz de la propuesta que se ha hecho. La segunda observación es que la mayor parte de las preguntas hace referencia a la segunda lección, y esto probablemente se debe no sólo a que cronológicamente era la más cercana al momento de la Asamblea, sino porque en ella se entiende bien que el origen de la dificultad a la hora de comprender el dinamismo de la razón se aclara dentro del recorrido de estos días; porque la libertad no se entiende si está separada de la trayectoria de la razón en la relación con la realidad como signo. Hemos tratado de agrupar las preguntas, para dar una perspectiva de las muchas cuestiones que merecen ser profundizadas.

Primera pregunta: Tengo la impresión de que, si pido la gracia, no me muevo; y si trabajo, es como si pudiese arreglármelas sin la gracia. ¿Cómo se conjugan ambas cosas?

Julián Carrón. Éste es un ejemplo de lo que decía ya el viernes por la noche: nos cuesta comprender la relación que existe entre la gracia

y la libertad. No debemos asustarnos, porque es una de las cuestiones más discutidas a lo largo de la Historia, y por tanto no es una sorpresa que también nos cueste a nosotros... Pero es necesario profundizar en esta cuestión, porque si no comprendemos el nexo que hay entre gracia y libertad, parecerá que para afirmar una debemos negar la otra. Podríamos casi reescribir la Historia de Occidente como la dialéctica entre estos dos polos.

Pero, ¿qué nos interesa a nosotros? Nos interesa comprender lo que hemos tratado de decir estos días: que el encuentro con Cristo, es decir, la gracia, justamente porque tiene la capacidad de despertar al “yo” (con toda su razón, con toda la capacidad de su libertad, con toda su capacidad afectiva), nos pone en movimiento. El hecho de que uno se ponga manos a la obra es ya un signo de gracia, es el primer signo de que ha sucedido un hecho en la vida que ha movido algo dentro de nosotros. ¡No hay ninguna contraposición a la gracia! La gracia está en el origen, pero la prueba, el signo más potente de que sucede la gracia, de que ha acontecido, es justamente que me pone manos a la obra.

Todos podemos entender esto perfectamente, porque si yo no soy capaz de utilizar la razón de forma más amplia, de usar adecuadamente la libertad, quedándome tal cual, me encuentro viviendo la realidad con la confusión habitual, como todos. En cambio, si la libertad tiene la capacidad de utilizar la razón de forma distinta, podremos afrontar las circunstancias de la vida con un horizonte, una luz y una novedad inimaginables. Por eso, el primer signo de la gracia es que pone en movimiento la libertad, nos pone manos a la obra.

Prosperi. Este nuevo nacimiento, ¿sucede toda la vida o se produce en un momento determinado? ¿Es un instante o es un proceso?

Carrón. El nuevo nacimiento –como nos explicó perfectamente ayer Su Eminencia el cardenal Scola– sucede en un momento, en el Bautismo. Nos dijo: «En el Bautismo, cada hombre es concebido de nuevo como hijo en el Hijo, y de ahí brota para él una nueva concepción de sí. [Por tanto] el hombre es concebido como cristiano en el Bautismo». Desde ese momento, desde ese instante yo puedo decir –como ha dicho el Papa y nos ha recordado el cardenal Scola–: «Yo, pero ya no yo». Ésta es la fórmula de la existencia cristiana fundada en el Bautismo, y esto ha sucedido de una vez por todas en el momento del Bautismo, hasta el punto de que decimos que este gesto imprime “carácter”: es algo que sucede en ese momento

y que nada puede eliminar. ¿Por qué no lo puedo eliminar? Porque es un gesto que Cristo realiza y, al hacerlo, me aferra por entero y me dice: «Tú eres mío, me perteneces. Al pedir el Bautismo, has decidido dejar tu pertenencia para pertenecerme a Mí. Yo soy la nueva conciencia de tí mismo», y este vínculo que Cristo establece conmigo en dicho instante es para siempre. Esto es algo decisivo para nuestra certeza, porque no depende de que yo sea más o menos capaz, no depende de mí, de mi capacidad, sino que es un gesto totalmente de Cristo. Por eso, aunque yo me olvide, me vaya, o me equivoque delante de todos –como sucedía durante las persecuciones, cuando no hacía falta bautizar de nuevo a los cristianos que renegaban de Cristo–, no soy capaz de romper el vínculo potente que Cristo ha establecido conmigo. Cualquier padre puede entenderlo: ¿qué puede hacerle un hijo para que consiga destruir ese vínculo? Nada. No es difícil de entender, y si esto lo podemos hacer nosotros, que somos unos pobrecillos, ¡imagínad lo que puede hacer Cristo!

Por tanto, esto sucede de una vez para siempre en el Bautismo. Y –continuaba el cardenal–, si hemos recibido el Bautismo cuando éramos niños, como es la mayoría de los casos, éste florece en una nueva concepción de vida cuando se produce el encuentro personal con Cristo en la Iglesia. Que la gracia que hemos recibido en el Bautismo florezca y alcance toda la vida, todos los rincones de nuestra existencia, constituye un camino. Don Giussani utilizaba una fórmula que siempre me ha impresionado: «El encuentro de Cristo con nuestra vida mediante el cual ha empezado Él a convertirse en un hecho real para nosotros, el impacto de Cristo con nuestra vida a partir del cual Él se ha movido hacia nosotros y ha entablado, como *vir pugnator*, una lucha por “invadir” nuestra existencia, se llama Bautismo»⁸⁷. Por eso, lo que sucede en ese instante tiene como perspectiva toda la vida.

Daos cuenta lo lejos que estamos de esta conciencia: no es que no sea verdad que yo soy de Cristo –por la gracia, por este vínculo que Cristo establece conmigo–, ¡pero qué lejos estamos de vivir con esta conciencia! Basta pensar cuándo fue la última vez que nos conmovimos hasta la médula al tomar conciencia de este hecho, para darnos cuenta de la distracción que nos invade; para darnos cuenta del trabajo que debemos hacer para que esto, que es verdad, llegue a formar parte de nuestra conciencia, se convierta en un juicio que arrastre toda nuestra persona, nuestra conciencia, nuestra sensibilidad, nuestro afecto, todo.

87 L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 65-66.

Como hemos recordado, el encuentro, debido a la gracia del carisma, vuelve persuasiva la gracia del Bautismo, y la hace cada vez más nuestra a través de una historia personal: el Señor nos ha puesto juntos para esto; la única finalidad de nuestro estar juntos es que lo que ha sucedido en el Bautismo se vuelva mío, tuyo, nuestro. Por eso pertenecemos a la Iglesia, y por eso el Espíritu Santo sigue suscitando los carismas, es decir, modalidades operativas que vuelven más persuasiva la gracia de Cristo, de modo que pueda invadirnos, cada vez más, la novedad que esa gracia ha introducido en nuestra vida.

Prosperi. Cuanto más intensamente amo las cosas, la realidad, los signos, más me encuentro en una posición de defensa por el miedo a perderlas. ¿Cómo puede convertirse este amor intenso hacia las cosas en un punto de apertura?

Carrón. Porque tú tienes algo que tiene tanto valor para ti que deseas no perderlo; el punto de partida es que amas algo hermoso que posees. El primer movimiento es positivo: posees algo. El miedo sobreviene siempre en un segundo momento: si tienes algo, deseas no perderlo. Entonces no podrás encontrar una solución adecuada si no llegas hasta el fondo de la exigencia de no perderlo. Y te pones en camino para buscar: ¿cómo puedo no perderlo?; lo cual significa: ¿quién puede conservármelo para siempre?

Nos encontramos, de este modo, ante una exigencia a la que no podemos responder solos –somos perfectamente conscientes de ello–. Y, entonces, se entiende lo que decíamos ayer: que sin la perspectiva de un “más allá”, «de una respuesta última que está “más allá” de las modalidades existenciales que se pueden experimentar»⁸⁸ (en el caso de ayer, con respecto a la justicia; ahora, con respecto al amor), sería imposible mantener esta exigencia. Por ello, el peligro es que yo me detenga en un cierto momento, que yo no sea capaz de permanecer ante la profundidad de la exigencia. Porque, si no quiero desistir ante la totalidad de la exigencia, no puedo detenerme, debo ir siempre más allá. En cambio, si nos detenemos, permanecemos en el miedo y no llegamos al punto en el que encontramos, en ese “más allá”, la respuesta que nos quita el miedo para siempre. «Si se elimina la hipótesis de un “más allá”, esas exigencias se ven sofocadas de forma antinatural»⁸⁹.

88 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 166.

89 *Ibidem*.

Aquí se ve de forma despiadada cómo está ausente en nosotros la idea del Misterio, y se entiende por qué Cristo ha venido para educarnos en el sentido religioso: para hacernos comprender cuál es la naturaleza de nuestra exigencia. Si no entendemos esto, nunca comprenderemos la razonabilidad de creer en Jesucristo. Si yo pudiese responder por mí mismo a estas exigencias infinitas, ¿por qué debería complicarme la vida con la fe? ¿Por qué debería adherirme a otra cosa? Yo experimento que no puedo responder por mí mismo a la exigencia de amar lo que amo (y de que lo que amo permanezca para siempre). Entonces, o digo de forma irracional que no existe la respuesta, ahogando la exigencia y permaneciendo en el miedo; o bien no reduzco esta exigencia y dejo espacio a su horizonte infinito, a la necesidad que tiene de un “más allá”.

Entonces uno festeja verdaderamente que Cristo existe, porque existe Aquel que conserva todo lo que amo verdaderamente. No porque yo sea capaz, sino porque existe Cristo; Cristo existe, y entonces puedo liberarme del miedo.

Amigos, el signo de que Cristo empieza a ser real para nosotros es que empezamos a vencer este miedo. Porque el problema es que si no tenemos respuesta para lo que amamos, no tenemos respuesta para nosotros; Cristo es igual a “nada” y no existe una respuesta para la vida. Es lo mismo para nosotros y para lo que amamos. Sólo si tenemos la lealtad de ir hasta el fondo de nuestra exigencia, podremos entender la gracia que supone haber encontrado a Uno que se toma en serio nuestra exigencia de justicia, de belleza y de amor, y la cumple sin ahogarla.

Prosperi. Has dicho que todo depende de nuestra capacidad de estar abiertos ante la realidad, pero, ¿cómo se puede sostener esta posición ante una circunstancia totalmente negativa, como los abusos sobre los niños, o totalmente banal, como fregar los platos?

Carrón. Éste es justamente el trabajo que tenemos que hacer, amigos: no bloquear la pregunta ante cosa alguna, ni siquiera ante los odiosos abusos contra los niños. Si yo freno la dinámica de la exigencia, luego tengo que hacer todo de forma moralista, tengo que lavar los platos porque debo hacerlo, sin sentido, sin nexo con mi humanidad, y esto vale con cualquier cosa. Y de este modo nunca podremos comprender verdaderamente qué quiere decir Cristo. Por eso os invito a leer cada día y a aprender de memoria el párrafo inicial de *Los orígenes de la pretensión cristiana*: «No sería posible apreciar plenamente qué significa Jesucristo

si antes no apreciáramos bien la naturaleza del dinamismo que hace del hombre un hombre. Cristo se presenta, en efecto, como respuesta a lo que soy “yo”, y sólo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer, admirar, agradecer y vivir a Cristo. Sin esta conciencia, incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre»⁹⁰.

Por tanto, la cuestión es esta lealtad, esta apertura ante la realidad tal como nos sale al encuentro, ya sea bonita o fea; porque el problema no es que sea bonita o fea, ¡sino que yo encuentre una respuesta adecuada a mi exigencia! Y ante las cosas verdaderamente negativas —el ejemplo de los abusos sobre los niños es clarísimo— comprendemos qué puede responder. De esta exigencia ha nacido el artículo publicado por *la Repubblica*: ¿quién responde a esta exigencia? ¡Si no existe ninguna respuesta posible, ya no hay justicia! Del mismo modo, ¡tampoco tiene significado lavar los platos o amar a alguien! Todas ellas son exigencias que nacen desde las entrañas de la vida; todos las tenemos, incluso después del encuentro cristiano: es más, ¡se han visto potenciadas por él! No estamos condenados a mirar hacia otro lado ante estas exigencias. Nosotros somos los únicos que podemos mirarlas a la cara gracias al encuentro con Cristo, pues si no fuera así, deberíamos huir —como todos—, porque no conseguiríamos mantenernos ante las exigencias o ante el mal, ante los desastres o ante aquellas cosas cuyo sentido no percibimos. Por eso, el signo más evidente de que estamos haciendo un camino es que somos capaces de permanecer ante todas las cosas —¡ante todo!— sin censurar nada, absolutamente nada. ¿Entendéis?

Prosperi. ¿Qué quiere decir que la libertad se juega, no sólo en la respuesta a la provocación de la realidad, sino también en el descubrimiento del destino?

Carrón. Nosotros pensamos muchas veces que la libertad se pone en juego después: la razón descubre primero la realidad y luego la libertad decide si quiere vivirla o no. Pero esto es no darse cuenta de todos los factores que se precisan en el conocimiento. En la forma misma de estar ante la realidad, abiertos o no, podemos reconocer la totalidad. Don Giussani siempre nos ha enseñado esto, bastaría con tener presentes las tres premisas de *El sentido religioso* para comprender estas cosas: para entender la realidad se precisa la realidad (primera premisa), se precisa

90 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 9.

la razón, que toma conciencia de la realidad según todos sus factores (segunda premisa), y se precisa la moralidad en el conocimiento, que tiene como protagonista la libertad (tercera premisa)⁹¹. Esto es decisivo, porque muchas veces estamos convencidos de que describimos la realidad, mientras que lo que describimos es ya una reducción de la misma (porque hemos decidido con anterioridad que ciertas cosas que no entran dentro de nuestra medida no pueden existir). Don Giussani nos recordaba siempre el ejemplo de Pasteur y de su descubrimiento de los microorganismos: «Pasteur tuvo que repetir continuamente sus experimentos, porque nadie parecía capaz de reconocer su valor. Los últimos que reconocieron la validez científica de los experimentos de Pasteur fueron los docentes de la Sorbona que formaban parte de la Academia de las Ciencias de París. Para estos profesores, admitir lo que sostenía Pasteur significaba tener que reconocer inmediatamente en clase que debían cambiar mucho sus explicaciones. Y por medio había orgullo, fama, dinero. El problema de la función de los microbios, que es un problema objetivo, científico, era para ellos un problema vital. ¿Qué tendrían que haber hecho aquellos profesores para ser capaces de percibir el valor de aquellas experiencias irrefutables incluso para profanos? Habría sido necesario que poseyeran una lealtad, una dignidad moral y una pasión por el verdadero objeto que no podían inventarse de un día para otro, pues estas cosas sólo pueden ser resultado de una larga educación, precisamente, moral»⁹².

La libertad se pone en juego en la forma misma de estar ante la realidad. A veces no nos damos cuenta de lo patético que resulta: alguien está describiendo una cosa, y no se da cuenta de que, en su forma de hablar de la realidad, ya la está reduciendo por un prejuicio, por una medida que le impide ver todo aquello que existe; y luego te tiene que convencer, porque la realidad existe en cualquier caso, ¡y le contradice continuamente! Entonces es inútil discutir. Entre nosotros sucede esto muchas veces, sobre todo ante los hechos que acontecen. Es lo mismo que les pasaba a los fariseos, que no reconocían los hechos que Jesús hacía ante ellos. ¿Eran tan tontos que no los veían? No era un problema de no verlos –los hechos se producían delante de todos–, pero no estaban disponibles para reconocerlos, lo que significa que la libertad formaba parte del modo que tenían de ponerse ante la realidad. Nosotros tampoco somos tontos. Si actuamos así, es porque nos resistimos ante

91 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 17-55.

92 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 50.

algo que existe. En vez de decir que las cosas no existen, es más honesto decir que queremos resistirnos a ellas. Porque, cuando se da esto, es verdaderamente patético: ¿es que los otros ven cosas que no existen, o es que tú tienes una miopía tal que te impide verlas? Esta debilidad nos afecta a todos, porque hay ciertas cosas que nos cuesta mucho admitir. Aquí se juega la dramaticidad de la vida, en este “sutilísimo amanecer” de nuestra relación con la realidad.

Prosperi. De nuevo sobre la libertad: muchísimas preguntas se refieran al “recóndito punto de partida”. Hemos elegido ésta que nos parecía particularmente clara: el hombre afirma con su libertad aquello que ha decidido desde un recóndito punto de partida. ¿Cómo es posible salir de una actitud de cerrazón? Por ejemplo, el alumno del que nos hablabas, después de haber sido corregido por ti, seguía todavía en su actitud de cerrazón inicial después de dos semanas...

Carrón. El problema no es que uno tenga prejuicios, porque es inevitable tener prejuicios. Si uno no es una piedra, en cuanto ve a una persona y habla con ella cinco minutos, se hace una idea de ella: es simpática, no es simpática, es pesada, etc. El juicio acontece de forma simultánea. Pero éste no es el problema, porque se trata de algo inevitable. La cuestión es que la persona que he conocido, con el paso del tiempo, me da otros signos, pero yo no me muevo de mi prejuicio, ¡ni siquiera con una grúa! El problema de mi alumno no es que tuviese un prejuicio como punto de partida, sino que no estaba dispuesto a cambiar. Atención, amigos, porque si no existiese la posibilidad del cambio, no habría libertad: siempre existe la posibilidad del cambio, la posibilidad de que yo me rinda ante lo que veo, de que yo reconozca lo que veo, pues, si no fuese así, estaríamos atrapados en un mecanismo del que no podríamos salir. Se trataría de la negación de la persona, sería reducir de nuevo la persona a los factores antecedentes de tipo biológico, psicológico o sociológico. ¡No! La persona «es relación directa con aquello de lo que todo nace –con el destino, con el misterio, con Dios–»⁹³. Ni siquiera el pecado original elimina esto: puede estar todo lo debilitada que queráis, ¡pero siempre existe esta posibilidad! Por tanto, puedo educarme constantemente en la libertad, en la atención y la aceptación. Puedo educarme. Si no pudiésemos educarnos, querría decir que es inútil estar aquí, porque cada uno tendría un cierto planteamiento,

93 L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, BUR, Milano 2003, p. 9.

y no sería posible cambiar nada. En cambio, existe la posibilidad para cada uno de nosotros –no importa la historia, el pasado, las circunstancias o los factores que nos hayan generado–, porque la posibilidad forma parte del concepto de persona: el “yo” es relación con el Misterio.

Prosperi. Lo que has dicho por la tarde me ha hecho pensar en mis hijos, que no quieren compartir mi experiencia (lo mismo podría decirse del marido, de la mujer, del compañero... en definitiva, de aquellos que nos importan). Mi pregunta es: ¿Hasta dónde llega mi responsabilidad hacia ellos? ¿Qué quiere decir respetar su libertad?

Carrón. Mi responsabilidad hacia ellos consiste en vivir mi vida con intensidad, es decir, responder a Cristo que me llama. En distintas ocasiones os he puesto dos ejemplos que me han aclarado la cuestión para siempre. Uno tiene que ver con la Virgen. ¿Cómo ha contribuido la Virgen a mi destino, a mi bien? Diciendo “sí”. Ha contribuido a mi bien diciendo “sí” al anuncio del Ángel e “introduciendo” a Cristo en la Historia. Ha dejado intacta mi libertad para tomar una decisión personal frente a Cristo. ¿Cómo ha contribuido ella? Viviendo su relación con el Señor. Y el otro ejemplo evidente lo tenemos ante nosotros en la persona de don Giussani. ¿Qué ha hecho don Giussani por cada uno de nosotros? Ha respondido a la gracia que le había sido dada, ha respondido desde el seminario a aquella intuición de su humanidad, a esa vibración evocada por las palabras de Giacomo Leopardi, que sólo podía encontrar respuesta en el Verbo hecho carne. Nos ha comunicado su respuesta a la gracia dándonos testimonio de ella: ha colaborado a nuestra realización humana respetando nuestra libertad. No es que, por respetar nuestra libertad, no hiciera nada; al contrario, hizo todo lo que estaba en sus manos para vivir, para vivir delante de nosotros. Pero lo hizo, al mismo tiempo, sin ahorrarnos un milímetro de energía cuando nos hablaba, repitiéndonos que «durante cincuenta años he mirado y recibido a personas [...] apostando única y exclusivamente por la pura libertad –¡por la pura libertad!–»⁹⁴.

Es evidente que, en el caso de los niños, esto sucede dentro de un recorrido, en un camino: no es lo mismo a los ocho años que los dieciséis. Pero nuestra responsabilidad es ante Cristo, que nos llama, para que podamos testimoniar ante nuestros hijos una modalidad intensa de vivir la realidad que puede desafiarles atrayendo su libertad. Como

94 L. Giussani, *Avvenimento di libertà*, Marietti, Genova 2002, p. 10.

seguramente experimentáis con vuestros hijos, no existe una fórmula (ni siquiera cuando pensáis que habéis conseguido imponerla). ¿Por qué? Porque siempre está presente la dignidad, la grandeza de la persona del hijo. Y si el Misterio se ha plegado a esta modalidad mendigando nuestra libertad, ¡nosotros no podemos hacer algo distinto! No voy a detallar aquí todos los aspectos particulares pero, en mi opinión, la verdadera cuestión no es organizar la vida a los hijos, sino, ante todo, vivir delante de ellos, juzgando, por ejemplo, una noticia que habéis visto con ellos en la televisión, un fracaso o un éxito en el colegio o en el trabajo, la enfermedad de los abuelos, etc.

Prosperi. Ahora dos preguntas sobre el desplazamiento del centro afectivo al Tú.

La primera: Carrón decía que «desplazar nuestro centro afectivo significa mover el centro afectivo de uno mismo a un “Tú”. ¿Cuándo pensamos en Jesús así? ¿Cuándo hemos pensado así en Él desde octubre?». No consigo entender lo que quiere decir Carrón con esto. Yo creo que pienso en Cristo a menudo, pero me parece que aquí se habla de otro nivel, que me gustaría entender.

Ligada a ésta, la segunda pregunta: Se ha dicho que es necesario desplazar el centro afectivo de uno mismo a un “Tú” que actúa en la realidad. Este “Tú”, ¿coincide con la compañía? Entonces, ¿qué tiene que ver con ella?

Carrón. Nuestro drama, amigos, está perfectamente reflejado en la primera pregunta: «No consigo entender lo que quiere decir Carrón con esto». Podemos estar aquí, pertenecer al movimiento y no saber qué quiere decir esto. Pues bien, quiere decir lo mismo que decíamos antes sobre el Bautismo: «Ya no soy yo, mi nombre es el nombre de Cristo, que es misericordia»⁹⁵. Y como no sabemos por experiencia qué quiere decir esto, entonces muchas veces lo reducimos a la compañía. De ahí la segunda pregunta: «Este “Tú”, ¿coincide con la compañía?».

Quiero proponeros un texto de don Giussani que aclara estas preguntas de forma inequívoca. Se encuentra en una casa del Grupo Adulto y, tras haberle sido dedicada una canción, dice: «Es muy hermosa la música, y cómo la habéis cantado, el sentimiento humano de amistad y fraternidad que reflejabais y de compañía en una aventura [Giussani reconoce todo: la belleza de la música, la amistad, la compañía de los que están juntos

95 L. Giussani, *Che cos'è l'uomo perchè te ne curi?*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2000, p. 183.

en una aventura]. No obstante, si las cosas se pudiesen enumerar como las he enumerado yo ahora y basta, y se diese por descontado lo distinto [es decir, Cristo] –que se acepta y se reconoce (entendámonos), pero que se da por descontado–, y no se pronunciara Su nombre con énfasis en el diálogo, con ganas de hacerse oír, con voluntad de escucharlo, si no tuviese una personalidad hasta cierto punto autónoma, si no tuviese un rostro singular en última instancia, de rasgos inconfundibles hasta con los que Él mismo creó como signo de sí...»⁹⁶. Don Giussani no reduce nada, pero sobre todo no le reduce a Él –una personalidad hasta cierto punto autónoma, un rostro singular en última instancia, de rasgos inconfundibles– a aquello que debería ser signo de Él.

Si no comprendemos esto, volvemos a reducir el alcance del signo. Porque don Giussani siempre habla de Cristo como de una singularidad última inconfundible: «Si no es un objeto sobre el que se piensa (memoria), del que se habla (invocación), que se contempla con estupor y gusto, hasta el punto de traducirse en gozo por su presencia –“ Mi corazón está alegre porque Tú vives”–; si pasan días y días sin que se diga “Tú” a no ser con la rapidez de fórmulas que se repiten»⁹⁷, entonces uno puede vivir una amistad estupenda con personas, puede tener un trabajo satisfactorio, y no le basta. Lo repite un poco después: «Con todo el respeto, con toda la devoción, con toda la capacidad de emocionarse que queráis, con cierta ternura que a veces se puede experimentar... pero lo que prevalece es lo que tan sólo debiera ser un anticipo analógico provisional [ese estar juntos, esa compañía]»⁹⁸.

Y luego nos dice: «Estemos atentos, que la presencia de Jesús entre nosotros puede ser el origen de todo el mundo de humanidad, lleno de gozo y de amistad, de razones formales indiscutibles y de ayuda formal, pero también materialmente concreta [...], y sin embargo, Jesús puede también ser reducido al “retrato de una hermosa mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma”»⁹⁹. Jesús puede ser esto para nosotros, incluso estando juntos; y así nunca sabremos qué quiere decir que Él tiene un rostro singular, de rasgos absolutamente inconfundibles. No Le negamos, ¡por el amor de Dios!; pero lo que prevalece es su reducción al signo.

Por el contrario: «No puedo querer bien a nadie sin que esta notificación, esta memoria y adoración y obediencia y seguimiento y

⁹⁶ L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 166.

⁹⁷ *Ibidem*, pp. 166-167.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 167.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 169.

discipulado y mirada ávida de aprender y voluntad de sacrificio hasta la muerte con que pienso en ti, con los cuales te miro, y te sigo, sin que todo esto se concrete, de forma tan concreta que tú seas, Señor, el que yo ame. Tú eres, Señor, el que yo amo. “¿Qué desea más ardientemente el hombre que la verdad?”. ¿Qué es la verdad? Un hombre que está presente, un *hombre* presente: ¡no se le puede dilapidar o permitir que se desdibuje detrás de la presencia hermosa y alegre de la compañía de unos rostros que deberían insinuarse como signo de Él! Esto no sucede cuando se le llama “Tú” realmente, con toda la conciencia del *yo*»¹⁰⁰.

En una conversación con algunos novicios del Grupo Adulto, responde a la pregunta de si existe coincidencia entre Cristo y la compañía más próxima –está hablando de nuestras comunidades, de nuestra Fraternidad!–: «¡Coincidencia, no! ¡Relación de tipo instrumental, sí! Para educarnos, Cristo usa normalmente la casa [la comunidad, el grupo de Fraternidad] [...]. Pero depositar la esperanza en la casa [en la comunidad, en el grupo de Fraternidad] es apoyarse sobre algo que puede quebrarse y derrumbarse de un momento a otro, si Cristo no la sostiene. Por eso mi esperanza está en Cristo, no en la casa [en la comunidad, en el grupo de Fraternidad]»¹⁰¹. Y le siguen preguntando: pero sin la compañía, ¿no se vuelve a la abstracción? Y él empieza a perder la paciencia –igual que yo–: «La comparación más clara es el sacramento de la Eucaristía. No existe cosa alguna en la que Jesucristo se haga más presente que en el pan consagrado: hasta se identifica con él (después de la consagración, “bajo la especie del pan está todo Jesucristo vivo”, como dice la fórmula del *Catecismo*). Sin embargo, no depositamos nuestra esperanza en la “especie del pan”, la depositamos en Aquel que está realmente presente “bajo la especie del pan”, la depositamos en Jesucristo nuestro Señor. Ponemos nuestra esperanza en el misterio de Dios hecho hombre que se hace presente bajo la especie del pan consagrado»¹⁰². No existe un instrumento en la Iglesia que Cristo use como el pan consagrado: se identifica con él. Pero mi esperanza no es la especie del pan consagrado; Él se hace presente entre nosotros en la hostia consagrada, y esta hostia consagrada –como hacían los primeros cristianos, que la conservaban en su casa: ¡pensad qué reclamo más fuerte!– tiene una increíble fuerza de memoria. Pero mi esperanza no está ahí: está en Aquel que se hace presente ahí.

100 *Ibidem*, p. 170.

101 L. Giussani, *La dramaticidad de la compañía*, en «30Días», n. 82/83, p. 64.

102 *Ibidem*.

Prosperi. ¿Cómo se liga el aspecto del método comunitario con la necesidad del trabajo personal? Has dicho que el fenómeno comunitario es el método para superar el riesgo. En mi experiencia, en cambio, parece coincidir con delegar en la comunidad. ¿Cuál es la diferencia?

Carrón. La diferencia está en lo que nos decía ayer don Giussani, no encuentro una explicación más sintética que ésta: la dimensión comunitaria representa, no la sustitución de la libertad –por tanto, no está en contraposición con el trabajo, igual que decíamos antes sobre la relación entre gracia y libertad–, sino que es la condición para que ella se afirme. Retomemos el ejemplo que pone: «Si yo pongo una semilla de haya sobre la mesa, incluso mil años después (supuesto que todo permanezca tal cual) no habrá germinado nada. Si yo tomo esta semilla y la pongo en tierra, entonces llegará a convertirse en una planta. El humus no sustituye a la energía irreducible, a la “personalidad” incomunicable de la semilla; pero el humus es la condición para que la semilla crezca. La comunidad es una dimensión y una condición indispensable para que la semilla humana dé su fruto»¹⁰³.

Nosotros estamos juntos precisamente para ayudarnos en esto. No decimos que para afirmar a la persona individual no debemos hacer los Ejercicios juntos... No, la cuestión es que, si delegamos la vida en la comunidad o en el grupo de Fraternidad, entonces sucumbimos, no crecemos, no nos desarrollamos. Imaginad a un chico que va a la escuela. La condición para aprender es que esté en clase con los compañeros y con el profesor, pero el aprendizaje no es automático; si no se pone manos a la obra (ya que nadie puede sustituir su libertad), jamás aprenderá, es decir, no crecerá. Estas dos cosas van juntas.

La cuestión es que nosotros, como demuestran esta pregunta y otras precedentes, con frecuencia contraponemos las cosas: la gracia y la libertad, el “yo” y la comunidad, Cristo y la compañía. Contraponemos todo. Es verdad que yo no puedo separar a Cristo del signo, pero no lo puedo reducir al signo, no puedo relacionarme con Él si no tiene un rostro autónomo, en última instancia singular, de rasgos inconfundibles. En caso contrario, reducimos a Cristo a nuestro estar juntos, y al hacer esto, tratad de imaginar dónde acabamos todos cuando la vida nos pone ante el mal o ante la muerte... Si Cristo no es un rostro en última instancia singular, ¿cómo podremos responder a todas nuestras exigencias, como por ejemplo que las cosas duren para siempre? ¿Podremos, con nuestro

103 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 188.

estar juntos, responder a la exigencia de justicia, de bien, de amor? ¿Es posible hacerlo sin la persona de Cristo resucitado?

Prosperi. El último grupo de preguntas se refiere al significado del seguimiento.

La primera: Para estar disponibles a ser regenerados, no basta el apoyo de una compañía cualquiera. ¿Cómo juzga esto el espesor de nuestras relaciones de Fraternidad?

La segunda: ¿Puedes explicar mejor qué significa “seguimiento del carisma”? Porque es fácil hacerse imágenes de las cosas. ¿Cómo podemos verificar que estamos siguiendo verdaderamente, y no sólo que tenemos la intención de hacerlo?

La última: ¿Cuándo es libre el seguimiento con respecto a una autoridad?

Carrón. ¿Cuál es la finalidad de la Fraternidad?

1) La finalidad de la Fraternidad es el movimiento

Decía don Giussani en una asamblea de los Ejercicios de la Fraternidad: «Imagino que uno ha encontrado Comunión y Liberación y de alguna manera percibe que [...] es la modalidad con la que Dios ha llamado a cada uno de nosotros a vivir la fe [...]. Entonces la Fraternidad es propia de una persona que ha empezado a entender de una manera madura [justamente esto:] que el sentido de su vida es vivir la fe en la Iglesia y en Cristo. [...] Por eso, se une a otros que sienten la cosa de manera suficientemente madura como para ayudarse en modo preferencial, excepcional, como [...] signo eficaz, productivo, pedagógico, de cómo vivir luego toda la vida de la comunidad. [...] La Fraternidad tiene la misma finalidad que el movimiento, es decir, el madurar de nuestro corazón, el madurar de nuestra subjetividad en la fe, es decir, en lo humano, en su humanidad. [...] La Fraternidad es la experiencia del movimiento que se convierte en un ámbito de vida que tiende a determinar toda la vida. [...] Entonces, la primera consecuencia de la Fraternidad es que cada uno que participa en ella sienta cada vez más la responsabilidad del movimiento. [...] No quiere decir que todos tengan que participar en la Diaconía o dedicarse a esto o a lo otro en el movimiento. Digo que todos deben, ante todo, vivir las características fundamentales del movimiento [...] partiendo de cualquier cosa: de la enfermedad de uno como de una noticia del periódico, del malestar o de la alegría de otro. [...] La práctica de la vida de la Fraternidad es un

estímulo a la misión, a comunicar entre vosotros para comunicar a otros aquello de lo que nadie parece darse cuenta: “Vino a los suyos, y los suyos no se dieron cuenta, llamó a su puerta y los suyos no le abrieron”. Ésta es la gran injusticia del mundo»¹⁰⁴.

2) *La Fraternidad es una*

«Las distintas agrupaciones en las que se reúne esta gran compañía [...] son grupos en los que vive la única Fraternidad. La Fraternidad es una [es una sola]; así ha sido reconocido en el documento oficial [...] de la Santa Sede»¹⁰⁵. «Por eso, la Santa Sede ha aprobado, no ya cada una de las Fraternidades [...], sino “la” Fraternidad de Comunión y Liberación, porque “la” Fraternidad de Comunión y Liberación es la experiencia de pertenencia al Señor [...] que queremos vivir a fondo»¹⁰⁶.

Nos unimos, por tanto, por una elección libre, para vivir la experiencia de Comunión y Liberación, porque nosotros no seguimos a los hombres (Fulano, Mengano, Zutano), sino una experiencia que la Iglesia ha reconocido. «La finalidad de un grupo de Fraternidad, en última instancia, es la de recordarnos que Cristo es todo [...], es el reconocimiento de Aquel que está entre nosotros y la ayuda para vivir esta conciencia [...] hasta que sea habitual.[...] La vida de un grupo de Fraternidad es la exhortación a esto y el ejemplo que surge de ahí. [...] La experiencia de la Fraternidad y de sus instrumentos: el principal es lo que enseña el movimiento, las enseñanzas esenciales del movimiento, porque ésta es la experiencia en la que queremos ir a fondo; [...] especialmente lo que nos decimos [en los Ejercicios anuales y en los retiros]: con ellos hay que establecer un parangón. Luego está el trabajo de cada grupo. Pero esto viene al final, porque el grupo no es la fuente del criterio: el criterio es seguir las normas y las directrices que vienen de la vida del movimiento en sus enseñanzas esenciales, indicaciones que vienen de la Diaconía central (que es el único órgano con autoridad [...] reconocido por los Estatutos [de la Fraternidad])»¹⁰⁷ y de quien la preside.

Miremos juntos cómo concibe don Giussani, con su discreción genial, la vida y la función de los grupos de Fraternidad: «Una Fraternidad se da una regla [...]: primero, una oración comunitaria; segundo, una

104 L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 208-209.130.159.137.210.

105 L. Giussani, «El milagro de la Compañía», en *CL-Litterae Communionis*, n. 10, octubre 1992.

106 L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, op. cit., p. 162.

107 *Ibidem*, pp. 209.162-163.

obediencia al centro de la Fraternidad, seguir; tercero, el fondo común; cuarto, la colaboración en una obra, es decir, en el movimiento, un servicio al movimiento, de cualquier tipo»¹⁰⁸.

3) *El fondo común es uno*

Quiero profundizar en el tema del fondo común: partiendo de todo lo que hemos dicho, podemos comprender que *el fondo común también es uno*, y la Fraternidad siempre lo ha pensado y propuesto con esta modalidad (la detallo a continuación, no sólo para los nuevos, sino para todos). Se trata de:

- un compromiso personal;
- con una periodicidad *mensual* (nacida sobre la idea de que el fondo común pueda ser parte del salario, incidiendo de esta manera en la forma de utilizar los bienes; pobreza);
- con una cuota que es *libre*. Decía don Giussani: «La participación en el fondo común es obligatoria y libre: obligatoria porque cada uno tiene que participar; libre, absolutamente libre, como importar»¹⁰⁹.

Por tanto, fijad vuestra aportación con absoluta libertad: no importa si uno da un euro porque no puede dar más, lo digo en particular por las personas que nos han hecho saber que tienen dificultades laborales, y por los jubilados que nos han escrito o telefonado; os leo una carta como ejemplo: «Muy a mi pesar, os debo comunicar que me veo obligada a reducir la cuota mensual del fondo común para 2010. En estos últimos trece años, desde que murió mi marido, he tratado de hacer siempre frente al compromiso asumido sin disminuir la cantidad, a pesar de tener que sacar adelante tres hijos. Desgraciadamente, una enfermedad bastante seria me impide trabajar, y vivo de la pensión de viudedad de mi marido. Sin embargo, os puedo asegurar que, aunque disminuye la cuota, se redobra el afecto y la conciencia de la Fraternidad, que es el medio que el Señor me ha dado para hacer experiencia de que la realidad es instrumento y signo de Él».

Este compromiso está antes que cualquier iniciativa particular para la propia comunidad, de tipo caritativo, misionero o cualquier otro. El fondo común de la Fraternidad es *para la construcción de la obra común que es el movimiento*, y esto –así se nos ha enseñado– es mucho más para la gloria de Dios que cualquier otra ayuda, por muy justa que sea, a personas u obras particulares. Se trata de educarnos ante todo en una apertura al juicio sobre el criterio con el que hacemos todas las cosas.

108 *Ibidem*, p. 198.

109 *Ibidem*, p. 109.

La verificación de la verdad del compromiso que luego, libremente, podemos asumir para sostener también otras iniciativas, es si nos hace amar y ser más serios con el fondo común de la Fraternidad (esto, entre otras cosas, habla también de la bondad de la iniciativa u obra que, a su vez, debe abrirse más a la única obra); pero, en muchas ocasiones, se juzga según la simpatía o la instintividad.

Os pido, por tanto, que verifiquéis si el compromiso que habéis asumido hasta hoy con el fondo común es según estos criterios.

Concluyo leyendo el telegrama que hemos enviado al Papa: «Santidad, “¿Acaso puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo?”: esta pregunta de Nicodemo ha dado título a los Ejercicios espirituales anuales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, en los que han participado 26.000 personas, y otros miles más en conexión desde 74 países. Cristo resucitado es el único que hace posible el renacimiento del “yo” como una forma nueva de mirar, de juzgar y de tratar la realidad. Él se hace contemporáneo a nosotros en la Iglesia para salvar al hombre entero, aquí y ahora, y para cumplir la exigencia infinita de justicia que hay en cada corazón. Esto mismo lo hemos escuchado resonar en Su *Carta a los católicos de Irlanda*. En la memoria de don Giussani, que nos ha hecho familiar la figura de Jesús, renovamos nuestro seguimiento a su carisma, que cinco años después de su muerte sigue generándonos en la esperanza continua de que Cristo no ha venido al mundo para sustituir el trabajo del hombre, sino para reclamar a cada uno de nosotros a la verdadera religiosidad. Esperando estrecharnos en torno a Usted el 16 de mayo como hijos delante de un padre humanísimo que llora por las heridas inferidas al cuerpo de Cristo, como hemos visto en Malta, desde Rímini rezamos por Su persona, testigo fascinante del hombre nuevo que nace del Espíritu, que con la palabra y los gestos nos muestra la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida, es decir, la conveniencia humana del acontecimiento cristiano, que supera la fractura entre el saber y el creer. Pidiendo a la Virgen poder estar cada vez más unidos a Cristo, como lo estuvieron Juan y Andrés, Le decimos, con todas nuestras comunidades difundidas por el mundo: ¡Gracias, Santidad!».

SANTA MISA

HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO

«Yo les doy la vida eterna» (*Jn 10,28*). Estoy seguro de que, a lo largo de estos días, esta palabra –vida eterna– ha adquirido forma y consistencia para nosotros, que normalmente vivimos todo genéricamente, como en una nebulosa, con una esperanza vaga, como algo que está fuera de la vida; porque, si bien es verdad que con esta palabra Cristo indica el destino bueno, del que nadie puede separarse más que por una rebelión obstinada, también es verdad –como nos ha reclamado siempre don Gius y como ha quedado claro ante nuestros ojos durante estos días– que la vida eterna no empieza en el más allá, sino aquí y ahora, en la experiencia de la contemporaneidad de Cristo que mueve nuestro conocimiento y nuestra libertad cada día, en cada momento.

La última palabra con la que concluyen estos Ejercicios es la palabra «Padre»: «Mi Padre es mayor que todos». Nadie puede arrancarnos de la mano del Padre. Esta fuerza, esta radicalidad de pertenencia de cada uno de nosotros –frágil y pecador– es algo concreto, que resulta evidente por la última frase de Cristo: «Yo y el Padre somos uno». Esta unidad entre el Padre y Cristo es una realidad personal: el Espíritu, el Espíritu de nuestro Bautismo –nos lo ha recordado Julián– por el que «ya no soy yo, sino Tú, Cristo, el que vive en mí». Es el Espíritu que toma en el carisma forma histórica, persuasiva, conmovedora, y que mueve con fuerza y arrastra la vida.

Volvamos a nuestras casas, retomemos la vida cotidiana dentro de la aventura de la Iglesia, dentro de la vida de este país, tan hermoso y atormentado por fuerzas que no desean la paz y el bien común; retomemos nuestra vida conscientes de nuestra gran responsabilidad, con alegría, seguros de esta paternidad, de este abrazo del que nadie podrá separarnos, y preparados para dar cuenta ante todos, con el ofrecimiento de nuestra vida, de la esperanza, de la alegría, de la certeza que Cristo nos regala y renueva continuamente a través del carisma.

MENSAJES RECIBIDOS

Querido don Julián,

Quiero hacer llegar también este año a todos los amigos de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímíni para los Ejercicios espirituales, mi saludo y mi cercanía en la oración en este momento importante de nuestra historia.

Deseo que la belleza de la novedad que estamos viviendo aquí entre nosotros en Brasil pueda extenderse a todo el movimiento como una gracia que florece de forma imprevista, como un don.

Ya desde los tiempos de GS don Giussani había mirado a Brasil con atención como el punto en el que podían concretarse, fuera de Italia, las dimensiones universales de nuestra experiencia. Y la promesa del Señor se cumple de forma imprevista, llenándonos de maravilla y de sorpresa. Me conmueve cuando escucho a Cleuza Zerbini darme las gracias por el “sí” que junto a muchos otros amigos hemos dicho durante todos estos años. En un encuentro de sacerdotes celebrado el pasado mes de enero, ha repetido con un agradecimiento emocionante: «Sin vosotros nosotros no existiríamos». Es la lógica de la continuidad de una vida, unida a la admirable lógica del Señor que es «el nuevo inicio».

Conmoverlo por lo que el Señor realiza hoy entre nosotros, os envío mi saludo junto con mi oración.

*S.E.R. Monseñor Filippo Santoro
Obispo de Petrópolis*

Queridísimos amigos,

Somos unos para otros testimonio vivo de que se puede renacer, de que se puede asistir asombrados a la renovación de la inteligencia y del corazón, de modo que la vida de todos los días, dentro de la variedad de circunstancias y situaciones, se convierta en ocasión para vivir este cambio y testimoniarlo con alegría a los hombres.

Vosotros, que estáis en Rímíni –por desgracia, este año no puedo asistir–, sabéis que todo esto ha sido posible por el encuentro con don Giussani y su carisma, al que somos llamados a permanecer fieles, a

pesar de los límites y las contradicciones de nuestra existencia. En el cambio de nuestra vida se documenta de forma carnal la potencia del Señor resucitado.

Con mi bendición.

S.E.R. Monseñor Luigi Negri
Obispo de San Marino-Montefeltro

TELEGRAMAS ENVIADOS

*A Su Santidad
Benedicto XVI*

Santidad, «¿Acaso puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo?». Esta pregunta de Nicodemo ha dado título a los Ejercicios espirituales anuales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, en los que han participado 26.000 personas, y otros miles más en conexión desde 74 países. Cristo resucitado es el único que hace posible el renacimiento del “yo” como una forma nueva de mirar, de juzgar y de tratar la realidad. Él se hace contemporáneo a nosotros en la Iglesia para salvar al hombre entero, aquí y ahora, y para cumplir la exigencia infinita de justicia que hay en cada corazón. Esto mismo lo hemos escuchado resonar en Su *Carta a los católicos de Irlanda*. En la memoria de don Giussani, que nos ha hecho familiar la figura de Jesús, renovamos nuestro seguimiento a su carisma, que cinco años después de su muerte sigue generándonos en la esperanza continua de que Cristo no ha venido al mundo para sustituir el trabajo del hombre, sino para reclamar a cada uno de nosotros a la verdadera religiosidad. Esperando estrecharnos en torno a Usted el 16 de mayo como hijos delante de un padre humanísimo que llora por las heridas inferidas al cuerpo de Cristo, como hemos visto en Malta, desde Rímini rezamos por Su persona, testigo fascinante del hombre nuevo que nace del Espíritu, que con la palabra y los gestos nos muestra la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida, es decir, la conveniencia humana del acontecimiento cristiano, que supera la fractura entre el saber y el creer. Pidiendo a la Virgen poder estar cada vez más unidos a Cristo, como lo estuvieron Juan y Andrés, Le decimos, con todas nuestras comunidades difundidas por el mundo: ¡Gracias, Santidad!

Sac. Julián Carrón

*S.E.R. cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado de Su Santidad*

Eminencia Reverendísima, el mensaje enviado en nombre del Santo Padre a los 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación presentes en Rímini y a los demás participantes conectados desde 74 países para los Ejercicios espirituales, ha hecho presente la

maternidad de la Iglesia, en la que nos encontramos con la persona de Jesús. Y nos ha hecho estar más seguros de que seguir el carisma de don Giussani es para nosotros el camino para una identificación con el Misterio de Cristo resucitado, inicio de la criatura nueva. Que la Virgen proteja Su grave responsabilidad en la dedicación total a Benedicto XVI en este momento de la Historia.

Sac. Julián Carrón

*S.E.R. cardenal Angelo Bagnasco
Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana*

Querida Eminencia, los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, en los que han participado 26.000 personas junto con otros miles en conexión desde 74 países, nos han visto meditar en torno a la pregunta del Evangelio: «¿Acaso puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo?». La certeza de que «en la comunión con la Iglesia es donde nos encontramos con la persona de Jesucristo» (Benedicto XVI), cuyo Espíritu hace de nosotros una criatura nueva, nos hace retomar el camino dentro de la realidad cotidiana desde el seguimiento al carisma de don Giussani, deseosos de testimoniar que Cristo es el único que responde a las exigencias del corazón y vuelve a poner la vida en movimiento.

Que María le conceda la seguridad de Su protección.

Sac. Julián Carrón

*S.E.R. Cardenal Stanisław Rylko
Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos*

Querida Eminencia, durante los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, en el que han participado 26.000 personas junto a otros miles en conexión desde 74 países, hemos podido experimentar que Cristo es el único que responde adecuadamente a la pregunta de Nicodemo: «¿Acaso puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo?». En la obediencia al Santo Padre y el seguimiento a don Giussani, que en el V aniversario de su muerte sigue generándonos en la fe, seguimos viviendo como fieles laicos para testimoniar que la criatura nueva que nace del Bautismo vive en la Iglesia la experiencia de la contemporaneidad de Cristo, que salva al hombre íntegramente.

Sac. Julián Carrón

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

a cargo de Sandro Chierici

(Guía de las imágenes tomadas de la Historia del arte que acompañaban la audición de las obras de música clásica a la entrada y a la salida del salón)

Las imágenes están tomadas del ciclo de frescos de Miguel Ángel Buonarroti en la Capilla Sixtina del Vaticano. El ciclo se desarrolla en la parte central de la bóveda (Escenas de la Creación e Historias de los primeros padres), en las pechinas y en las enjutas en la base de la bóveda (Profetas y Sibilas), en los lunetos situados en la parte superior de las paredes laterales (Antepasados de Cristo) y en la pared occidental (Juicio Universal).

Las imágenes han sido proyectadas según esta secuencia:

Creación de Adán; Creación de Eva; Pecado original; Expulsión de los primeros padres; Embriaguez de Noé; Diluvio universal; Profeta Zacarías; Sibila Delfica; Profeta Joel; Profeta Isaías; Sibila Eritrea; Sibila Cumana; Profeta Ezequiel; Profeta Jeremías; Jonás; María (?) o la mujer de Jacob; El Juicio Universal, conjunto; El grupo de los ángeles con trompetas; La boca del Infierno; La resurrección de los muertos; La ascensión de los elegidos; El grupo de los mártires; Los elegidos: el grupo llamado “iglesia”; Los elegidos: el grupo llamado de Dimas; Los santos a los lados de Cristo; Luneto de la izquierda: ángeles con la cruz y la corona de espinas; Luneto de la derecha: ángeles con la columna de la flagelación y la caña; Cristo juez y la Virgen.

Índice

MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI	3
--------------------------------------	---

Viernes 23 abril, noche

INTRODUCCIÓN	4
SANTA MISA — HOMILÍA DE DON MICHELE BERCHI	12

Sábado 24 abril, mañana

PRIMERA MEDITACIÓN — <i>Sólo lo divino puede “salvar” lo humano</i>	13
SANTA MISA — HOMILÍA DE S.E.R. CARDENAL ANGELO SCOLA, PATRIARCA DE VENECIA	29

Sábado 24 abril, tarde

SEGUNDA MEDITACIÓN — « <i>Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos</i> » (Mt 5,3)	35
--	----

Domingo 25 abril, mañana

ASAMBLEA	52
SANTA MISA — HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO	69
MENSAJES RECIBIDOS	70
TELEGRAMAS ENVIADOS	72
EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA	74